



Baja California Sur

BAJA CALIFORNIA SUR



Homenaje a la literatura contemporánea

Antología

2022



Muestrario Nacional 2022 – Baja California Sur

Homenaje a la literatura contemporánea

MN Baja California Sur

POESÍA y NARRATIVA



ePub v 1.0

febrero 2022

Muestrario Nacional 2022 – Baja California Sur
MN Baja California Sur 2022 17/32

Maya Cartonera ® 2022

Fb: Chepy Salinas Domínguez

Fb: Maya Cartonera

mayacartonera.blogspot.com

Jossesad@hotmail.com

Portada: Chepy Salinas.

Compilación: Chepy Salinas y Nora Soto.

Edición: Chepy Salinas Domínguez y E Adair Z V

ISBN digital: En trámite.

Ediciones Ave Azul & Maya Cartonera

aveazul.com.mx

Tw: @aveazulmx

edicionesaveazul@gmail.com

Versión 1.0

Si te gusta lo que hacemos y quieres apoyarnos:

[paypal.me/EAdairZV](https://www.paypal.me/EAdairZV)

Queda prohibida la reproducción total o parcial con fines comerciales, salvo permiso escrito del autor. // *Reproduction in whole or in part by any means without written permission of the author is prohibited.*

ÍNDICE

MARÍA DE JESÚS CESEÑA	11
<i>Mi tía y la silla</i>	12
<i>El acecho</i>	14
ROBERTO GALINDO	17
<i>El desperfecto</i>	18
<i>Me quedo en Tijuana</i>	19
JUAN DIEGO GONZÁLEZ	21
<i>Si te digo, no me crees</i>	22
<i>Amarres</i>	22
REBECA GUTIÉRREZ AVILÉS	25
<i>Puntual</i>	26
<i>Síndrome de Estocolmo</i>	27
RAMÓN IBARRA ESCOBAR	29
<i>La gente del lodo</i>	30
<i>Raquel</i>	32
ALEXIS HASSIEL MEZA COTA	34
<i>Un espantapájaros poseído</i>	35
ROBERTO MORALES	39
<i>Lej lejá</i>	40
<i>Haaretz</i>	42
MARLIZ MORENO	44
<i>El jaguar real</i>	45
<i>Carta a Danilo</i>	46
<i>La señorita Robles</i>	46
GUADALUPE NUÑO FLORES	48
<i>Nadie los hacía en el mundo</i>	49
<i>Nunca más</i>	50
ZAIDA RÍOS ORTEGA	53
<i>Huasca de Ocampo</i>	54
<i>Villas de carbón, Estado de México</i>	54
<i>La Paz, BCS</i>	55
JUAN PABLO ROCHIN	57

<i>Nos vamos</i>	58
<i>De lo demás no me hago responsable</i>	59
MARCOS ROLDÁN	60
<i>Cornamusa</i>	61
<i>Bidi Bidi Bang Bang</i>	62
ANGÉLICA ROMERO VÁZQUEZ	65
<i>La tumba abierta</i>	66
<i>Caperucitas que dependen demasiado del lobo</i>	67
VIANEY RUELAS VELÁZQUEZ	70
<i>Desde el faro</i>	71
<i>Espíritu del desierto</i>	72
NORA SOTO	74
<i>Jazmines</i>	75
<i>Del miedo también se aprende</i>	75
ANTONIO SUSARREY GALINDO	78
<i>El asesino de las fechas</i>	79
<i>Tour de labios</i>	81
BERTHA SALAICES POLANCO	83
<i>Fobia</i>	84
<i>Juan Camaney</i>	85
LLUVIA WALKINSHAW	87
<i>Coraje</i>	88
<i>Los que gritan</i>	88

Tributo a la literatura nacional moderna

Para el que escribe, su vida está en las letras, toda las emociones vividas y percibidas las muestra en ellas. Escribimos en la memoria, el papel y en el cielo que cubre la tierra que nos vio nacer. La palabra nos envuelve y nos da vida. Algunos se profesionalizan y son grandes conocedores de la literatura del mundo, otros nos vamos forjando, viviendo la poesía en cada latido y al respirar; porque las letras se mueven de forma vital desde el corazón. Lo indiscutible es que donde el corazón canta, va tejiendo mundos y dejando un legado literario invaluable.

Las letras nos permiten guardar recuerdos, historias y la cultura de nuestros pueblos, igual que las imágenes eternizan los latidos y el tiempo.

Muchas gracias a Ave Azul por la complicidad en los proyectos realizados y los que estamos construyendo. Es una gran alegría presentar a escritores (nacidos o que ya han echado raíz en este bello estado) que son parte de la compilación de Homenaje a la literatura contemporánea que está emergiendo en la República Mexicana.

Dejémosnos llevar por cada uno de estos escritores(as) por la magia de cada uno de los estados que estamos disfrutando, soñar con recorrer esas calles, esos pueblos, a quien ellos cantan. Necesitamos inspirarnos para cuando tengamos más seguridad casi como antes del COVID-19, e ir y viajar por la geografía mexicana.

Josefa Salinas Domínguez, 2021.

Colectando las voces de hoy

En esta nueva aventura junto con Maya Cartonera nos hemos propuesto hacer una recopilación nacional de escritores por estado, que incluye a los de nacimiento, que se han radicado o por adscripción, permitiendo que sus voces queden concentradas en una pequeña colección digital que pondremos a disposición de la sociedad. En este ambicioso proyecto, tenemos como aliadas a distintas personas a lo largo del territorio para encontrar, concertar y concentrar la compilación de estas obras. Sabemos que hay muchas más mentes creativas en los territorios, pero nos entusiasma poder exponer desde nuestros proyectos parte del quehacer contemporáneo de la literatura mexicana.

Otro elemento importante es que estas redes incluyen a muchas de las plumas que se han hecho valer desde los foros independientes, por lo que les abrimos las puertas a quienes han desarrollado una trayectoria escritural, aunque quizá la fama y los espacios culturales oficiales no les hayan dado sus dones. De la mano con el trabajo de la escritora Chepy Salinas, Ave Azul se suma a la ardua tarea de construir esta colección, en uno de los proyectos recopilatorios más ambiciosos que hayamos tenido, y del cual nos sentimos orgullosos por el simple papel de mediadores literarios. Todas las mujeres y hombres que estamos contemplando han contribuido desde su concepción del arte, presentando su lenguaje, la viveza de sus tonos y su calidez, para que sea el lector quien pueda conocer a algunos de los artistas que habitan en su propio estado, en el vecino, o en otras periferias.

Esta colección es un tributo a los artistas independientes que se han mantenido en la obstinación de crear por el puro amor al arte, y que va a dejar como legado esta recopilación a lo largo y ancho del territorio nacional. Es un orgullo trabajar de mano con Maya Cartonera para hacer de este sueño una realidad legible y trascendente.

Ediciones Ave Azul, Texcoco de Mora, 2021

Mustrario Nacional Baja California Sur 2022

MN Baja California Sur 2022

Φ María de Jesús Ceseña Φ Roberto Galindo Φ Juan Digo González Φ
Rebeca Gutiérrez Avilés Φ Ramón Ibarra Escobar Φ Alexis Hassiel
Meza Cota Φ Roberto Morales Φ Marliz Moreno Φ Guadalupe Nuño
Flores Φ Zaida Ríos Ortega Φ Juan Pablo Rochin Φ Marcos Roldán Φ
Angélica Romero Vázquez Φ Vianey Ruelas Velázquez Φ Nora Soto
Φ Antonio Susarrey Galindo Φ Bertha Salaices Polanco Φ Lluviana
Walkinshaw Φ

MARÍA DE JESÚS CESEÑA



(M.J. Ceseña) (San José del Cabo, BCS, 1978). Autora de la novela *El Tesoro de Chuchupate* y los cuentos *Mea Culpa* (revista *Cantaletras*, febrero 2017) y *Coyote* (revista digital *Desierto, Mar y letras*, marzo 2019). Es ama de casa y madre de familia. Maestra de Inglés y secretaria de la Asociación de escritores sudcalifornianos ESAC, capítulo Los Cabos.

Mi tía y la silla

CERRÉ LOS ojos un segundo, concentrándome en anotar ese *home run*. Al abrirlos, la pelota venía hacia mí. Le di con todas mis fuerzas, pero el golpe se sintió diferente. Mis primos y mi hermano gritaron y corrieron hacia el lado izquierdo. Confundida, tiré el bate y fui a alcanzarlos.

En el sitio, un pájaro con el cuello roto, agonizaba. Lo vi morir. Me alejé entre los alambres que limitaban el patio de mi tía Antonia. Los otros me alcanzaron pidiendo que volviera. Decían que no había sido mi culpa, él se había atravesado. Mi prima lo enterró ahí mismo, total, ¿quién iba a notarlo en aquel terreno baldío? Todos prometieron no decir nada, pero yo ya no estaba de humor para seguir jugando.

Al cruzarme con mi tía, sólo sonreí y seguí derecho hasta la puertita que conectaba su patio con el de mi casa. No dije nada a mi mamá cuando, extrañada por verme regresar tan temprano, hizo un montón de preguntas y, tras un rápido exámen visual, descubrió que no había raspón alguno o magulladura; sospechó que me había peleado y me dejó en paz.

Anduve pensativa unos días sin saber por qué. No era culpa, aunque admito que no sentirla me hacía sentir un poco culpable. Tampoco era miedo, o incertidumbre. Era algo que simplemente no podía explicar.

El sábado, la catequista tocó el tema de la muerte y a dónde van los que en este mundo han hecho sólo lo que Dios quiere. Con el rostro iluminado explicaba las bellezas del cielo donde los santos paseaban entre nubes, y los leones convivían con gacelas, mientras los ángeles tocaban sus arpas y todo estaba limpio y ordenado.

Recuerdo bien que su sonrisa se opacó y se quedó sin respuestas cuando pregunté que se sentía morir. Lo mismo pasó con mamá, pero ella no se iba a quedar así, y, de inmediato examinó mi cabeza en busca de un golpe serio, preguntó si me dolía el corazón, y después me llevó al doctor para una auscultada más profesional. Saliendo de ahí, quiso ir a ver al padre de la iglesia, y de haber existido un psicólogo en el pueblo, con él hubiéramos ido a parar porque ¿Qué niña de doce años hace una pregunta como esa?

Con todo y eso, un día me arriesgué a preguntarle a mi tía. Ella me miró por encima de la novela de Verne que le había dejado el último de sus

huéspedes, y justo cuando creí que iba a darme otra revisada de cuerpo y mente, respondió de forma apacible:

“Debe ser como caerse con todo y silla”

Mi gesto debió parecerse al de la catequista. No esperaba una respuesta tan simple, menos viniendo de ella, quien, según yo, era muy culta. Mis primos aludieron a que estaba envejeciendo y empezaba a desatinar. A mi mamá no quise decirle nada, de por sí, no le agradaba que pasara las tardes en su casa con tantos libros empolvados y el constante humo de incienso saturando el ambiente, además, desconfiaba de esa gente extraña que la visitaba o se quedaba ahí con ella. No quería pensar qué diría, si en los últimos días dudaba hasta de darme permiso para salir a jugar con mis primos.

Fue una de esas tardes en que le daba vueltas a un problema de matemáticas, cuando las palabras de mi tía volvieron y empezaron a tener sentido. Me balanceaba en la silla y, en una de esas, por poco me voy de espaldas. Pasado el susto, me quedé pensando si sería eso lo que habría sentido el pájaro. No recordaba haber visto en él indicios de temor o desesperación fue, mas bien, como si se hubiera quedado dormido.

Pensé dejarme caer a proposito para comprobar la sensación. Acomodé la silla en un espacio libre y traje una almohada para acolchar la caída, así minimizaba el riesgo de golpearme la cabeza y que mi mamá escuchara el ruido hasta el lavadero.

Terminé convencida de que el miedo debía ser el unico sentimiento que antecede a la muerte, porque sólo eso reveló mi experimento: temor a caer fuera de la almohada y golpearme. ¿Por qué mi tía simplemente no dijo eso? Quizá porque, muy a mi pesar, mis primos tenían razón: se estaba poniendo vieja.

Pasaron los años. Muchas cosas cambiaron y nuestras vidas tomaron su propio rumbo.

Una tarde, coincidí con mis primos en una fiesta en casa de mi hermano. El clima era agradable y la familia compartía animada. Yo tenía problemas con la silla de plástico, no podía relajar la espalda porque las patas traseras

se hundían en el terreno blando, pero el ambiente en esa mesa era tan bueno que no quería cambiarme a otra.

Fue durante las risas después de un buen chiste que olvidé mis precauciones y, cuando me di cuenta, estaba cayendo hacia atrás. Intenté sostenerme de la mesa, pero amenazó con venirse encima y la dejé. Recuerdo, como en cámara lenta, el momento antes de llegar al suelo.

El tiempo se detuvo para mí, y pude ver, a detalle, los rostros que no entendían lo que estaba pasando, y las manos que quisieron detenerme y no alcanzaron. Sus voces se perdieron. Yo flotaba en otro plano, sin peso ni prisa, como los astronautas en el espacio. Después, todo se reinició.

Los demás vieron que tardaba en levantarme y creyeron que me había lastimado, pero sólo tenía un ataque de risa que me robaba las fuerzas. No reía por vergüenza, sino de alegría extrema, como el científico loco que al fin concluye con éxito la investigación de tantos años. Acababa de entender lo que mi tía había querido decir.

Hubiera rodeado la barda en ese momento, para ir a decirle cuán profundas me parecían ahora sus palabras, pero hacía ya muchos años que ella había caído de su silla.

El acecho

APENAS DUERMO. Escucho un ruido extraño que me sobresalta.

Agarro el rifle y me asomo sobre el borde de la batea de la camioneta. Deben ser los buscadores de tesoros que se han estado metiendo a excavar dentro y fuera de la casa. Voy a correrlos a balazos.

No veo nada. Las nubes han cubierto la sonrisa torcida de la luna.

Aguardo, alerta, hasta que vuelve a escucharse. Es como un resoplido profundo, que remata con un silbido.

No es una persona. Debe ser un animal que anda merodeando por fuera del cerco de alambre, o tal vez dentro; ha crecido tanto el zacate aquí, que no tengo claro dónde termina el patio y empieza el monte.

La luna escapa de las nubes y alcanzo a ver un destello entre las sombras de las ramas y el cerco. ¡Son unos ojos! Alargados y brillantes, los más rojos y temibles que he visto en mi vida. Miran directo hacia mí. Saben dónde estoy. Mi columna se estremece, la piel se me enchina.

No sé qué clase y tamaño de animal sea, pero me está acechando, tal vez desde hace horas.

«Estoy en la camioneta, no puede alcanzarme» me digo, mientras repaso los vagos conocimientos que tengo sobre los animales salvajes que habitan los montes de la región. «No puede» repito para darme valor.

Sin soltar el rifle, agarro la botella que tengo al lado y la lanzo hacia él. No llega hasta donde está, pero hace bastante ruido. Mis latidos aumentan al ver que no se asusta. Sigue mirándome. Bufo. Un ojo se achica y se agranda, debe estar enojado y preparándose para atacar. No voy a darle tiempo. Le rociaré la carga entera, no me importa despertar a la gente de los ranchos vecinos.

Me enderezo y le apunto en medio de los ojos. ¡Pum! Siento el jalón del arma y veo al proyectil rebotar sacando chispas de su cuerpo ¿Qué clase de monstruo es?

Siento el impulso de saltar a la cabina, dar marcha a la camioneta y huir, antes de que esa cosa se decida a entrar y me rebane el cuello de un zarpazo. Pero me contengo. No creo en espantos ni entes, son sólo mitos de gente supersticiosa.

Salto al suelo aun con el rifle en la mano. Camino hacia él con las corvas entumecidas y los latidos cortándome la respiración.

«No soy miedoso» afirmo. Mi dedo tiembla sobre el gatillo. «Soy el heredero de estas tierras y nada ni nadie me va a hacer irme de aquí», agrego, para sacar el valor de donde sea que esté escondido.

El resoplido se escucha cada vez más fuerte y profundo conforme me acerco. Mi mente grita: «¡Aléjate! ¡que no te alcance!», pero estoy decidido a hacerle frente. El ojo se abre y cierra, se está moviendo, parece que se estira... va a saltar los alambres.

Disparo, sin detenerme, y veo otra vez las chispas que rebotan en su cuerpo. No lo ha traspasado.

Sigo avanzando. El ojo izquierdo se agranda, se distorsiona, el resuello se hace más fuerte y extraño. Vuelvo a disparar. No le doy. Maldito temblor. Estoy a dos metros, a uno... ¿Qué es esto?

La bolsa de Doritos, roja y metálica, enganchada en el alambre, destella y gira a merced del aire, haciendo ese extraño resoplido. El otro ojo, una lata de Tecate tirada a un lado, completa la escena. Bajo el rifle y suspiro profundo, mientras siento que todas las fuerzas se me van del cuerpo.

Imagino a mi finado tío Bautista y el gesto burlón con que me observa desde alguna parte de la que fuera su propiedad. Quiero reír también. Regreso por un costal para recoger la basura atorada en el cerco. Un momento. ¿Qué es lo que acaba de esconderse detrás de la camioneta?

Φ

ROBERTO GALINDO



Mtro. en Apreciación y Creación Literaria por Casa Lamm y en Ciencias por la UNAM. Lic. en Diseño Gráfico por la UNAM, en Arqueología por la ENAH y en Letras Hispánicas por la UAM. Escribe en la revista *Contralínea* y en el portal CULCO BCS. Premio de Periodismo 2019 de Baja California Sur. Ha colaborado en las revistas *Gatopardo* y *M Magazine*. Red Voltaire Internacional (París) publicó 31 de sus textos. Autor en *El oficio del instante*, antología de narrativa y poesía del Taller de la Serpiente publicado por el Instituto Sudcaliforniano de Cultura (2018).

El desperfecto

—NO SALE agua caliente de la regadera. No ha salido ayer, ni antier, ¡ni el mes pasado! —dice ella y gira con fuerza la llave. Sale del baño.

Él, sentado a la mesa, escribe:

—¿Escuchaste lo que dije? —le pregunta molesta.

—Claro que sí, eso sí lo he oído.

—Eso no. ¡Lo del agua caliente! —le revira ella.

—¡Ah!, eso, eso no, digo, antes de que lo mencionaras hace un segundo, ahora sí lo he escuchado. ¿Y qué tiene el agua caliente? además de que no sale hoy, ni salió ayer, ni antier, ni el mes pasado.

Ella se enfada más, hierva del coraje, así como quisiera que manara el agua de la regadera. Él la observa y vuelve los ojos al teclado. Escribe una historia, larga o corta, eso sólo él lo sabe, pues nadie ha leído sus escritos. Incluso a ella no le ha permitido leer algo, aun cuando lo mantiene bajo la promesa de que acabará pronto su libro de cuentos. Sólo a veces le habla acerca del tema que escribe. Hace un par de meses, por el tiempo en que dejó de salir el agua caliente, le contó que escribía sobre una pareja que vive en un departamento de una colonia periférica, uno de esos espacios compactos por donde se les vea, de los que caben en la sala de una casa decente. Le dijo que ella era mucho mayor que él. Que ellos se conocieron en la presentación de un libro de cuentos, de un autor más comercial que prolijo, más recomendado que recomendable, de esos que abundan en las editoriales. Que ella se había convertido en su mecenas, en su guardiana y su pagana. Que lo admiraba a mitades, una por su indiscutible talento y otra por su mayúscula virilidad. Le dijo que cuando ella dejó a su marido y tenía dinero, se fueron a vivir a una gran casa en la zona turístico-cultural de la ciudad. Antes de que su ex-marido, ayudado por su ex-compadre, quien era dueño de una firma de abogados, le arrebatará todo: cuentas bancarias, propiedades, autos y el apellido que ella antes muy dignamente decía tras su nombre.

Ella se le acerca y lo reprime como a un chiquillo, lo jala de una oreja y le dice que, si a su edad no ha podido acabar su gran libro, al menos podría hacer que saliera agua caliente de la regadera. Él la toma por el pelo y le

jala la cabeza hacia atrás, corre con una mano su bata y se prende a su pezón y lo mama y lo lame y lo mordisquea...

Recostada sobre las almohadas y la pared le sostiene la cabeza sobre el vientre y le entreteje los cabellos con los dedos, una y otra vez pasea la mano derecha entre su cabellera. Con la mano izquierda, más abajo, le desenreda los vellos negros.

—No te preocupes por el agua caliente, ya traeré al plomero, primero está tu libro, tú antes que cualquier desperfecto del departamento.

Me quedo en Tijuana

EL SOL apenas entibia. El frío de noviembre le pega en las mejillas. El viento eleva el sombrero que vuela hacia la estatua; él lo sigue con la mirada, zigzaguea, retardando la caída, hasta que toca el Hudson.

Areli se despereza bajo la sábana que cubre las piernas de Hilario. Él la mira desde hace rato. La cama apenas cabe en el cuarto. A tercios paga la renta con Damiana y Olegaria en un tercer piso más allá del Bronx. A tres orgasmos silenciosos de Areli, Hilario eyacula en sus senos, tuvo que ser así para que llegara. Los besos de hoy no son la mitad de ninguno de los que se dieron ayer sobre el puente Brooklyn cuando paseaban.

La segunda noche cenaron en el Pedro's Bar unas enchiladas. Más tarde:
—Estoy cansada —le dijo cuando se ponía la mano sobre la vagina clausurándola a su pene enhiesto.

Hilario deseaba furioso legitimarse hundiéndose en ella. El beso esquivado ya no fue premonición. Areli le confirmaba el olvido.

Fue al tercer día.

—¡No sé qué decirte, pasó sin que lo buscara! Unos días antes de que llegaras pensé: ¿a qué viene Hilario?

—¿Por qué no me dijiste nada? Tenías mi promesa de que vendría por ti y aquí estoy. Tú me pediste que viniera.

—¿Qué te puedo decir? Simplemente lo conocí, sucedió así, sin que yo me lo propusiera. No tiene ni dos meses y no supe cómo decírtelo antes.

Hilario salió del departamento con su mochila a la espalda y fue al puente.

Vuela el sombrero de una turista que lo observa, se eleva sobre la lejana estatua...

—Endeudado y acusado de robo, regresar no es opción —le dice Hilario al policía de origen puertorriqueño que le habla a unos metros de la baranda.

...zigzaguea y despacio se aproxima al río. Hilario lo sigue con la mirada.

—¡Pero es que hombre, no vale la pena lanzarse por nada!

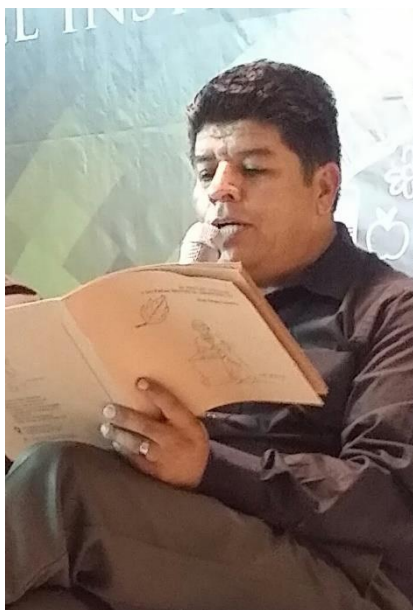
Cuando el sombrero llega al agua el vértigo lo amedrenta y retrocede un poco hasta sostenerse del cable de acero. El policía se abalanza sobre Hilario, lo apresa por la cintura y lo jala del cinturón hacia atrás, aprovecha el impulso del cuerpo y lo derriba sobre sí mismo, ambos azotan contra el piso de tablones del puente.

—¿Te vas para Michoacán o cruzas de nuevo?

—No paisa, ni a Michoacán, ni al gabacho. En mi pueblo le robé a un ranchero que trabaja con narcos. Al gabacho ya no tengo a que ir. Me quedo en Tijuana.

Φ

JUAN DIEGO GONZÁLEZ



(Guaymas, Sonora, 1969). Pasante en Filosofía y Letras, Curso de Teología Fundamental, Licenciado en Letras Hispánicas (UNISON) y Master en Educación (Universidad Tecmilenio). Periodista, maestro, editor, director de teatro juvenil y director/fundador de una secundaria y preparatoria en Todos Santos, BCS. Autor de varios libros, uno editado en Perú. Sus cuentos son parte de diversas antologías regionales y nacionales. En la FIL Cajeme (2014) comentó, junto a Elena Poniatowska, el libro *El universo o nada*. En el XVIII Encuentro de Escritores Lunas de Octubre (2021) hizo comentarios al poemario de José Javier Villarreal *Un cielo muy azul con pocas nubes*. Actualmente escribe para *Todas las voces* (revista digital). Editor en jefe de Caracol Ediciones y maestro universitario. Radicó desde 2016 en Todos Santos y hace unos meses se mudó a La Paz, BCS, la tierra de sus padres y sus abuelos.

Si te digo, no me crees

«¡CON UNA chingada, contesta! El joven siguió en silencio. El detective caminó a su alrededor. Encontramos sangre de la víctima entre tus uñas, una zapatilla y el bolso de mano de la víctima estaban en tu casa, la cual, casualmente está a dos cuadras de donde apareció el cuerpo mutilado... Ahh, y ella había sido tu novia. ¿Cuánto, dos años? Y me dices que no fuiste tú». El joven sonrió, con una de esas sonrisas burlonas. El detective no aguantó y le dio una cachetada de padrenuestro y tres avemarías. El joven forcejeó intentando quitarse las esposas.

«Que no fui yo, con una chingada... Y ten cuidado con tocarme otra vez». Los dientes le rechinaron del coraje. Algo vio el detective en esa mirada que guardó silencio. Luego lo tomó del cabello con extrema rudeza. «Entonces, ¿sabes quién fue?». El joven se revolvió en la silla, las esposas tronaron como si fueran a reventarse. «Si te lo digo, no me creerías» dijo resoplando. El detective lo soltó. Caminó otra vez alrededor del joven. Buscó un cigarrillo en la bolsa de su pantalón y lo colocó en sus labios... «Prohibido fumar. ¿Qué no ve el letrero? Oh no, es que no sabe leer». La sonrisa burlona de nuevo, un puñetazo, una quijada que se rompe. Luego un grito. El joven empezó a cambiar. El detective abrió la boca, el cigarrillo colgaba del labio inferior. En segundos aquel joven se transformó en un animal, en un lobo para ser precisos. El detective alcanzó a sacar su arma, no a disparar. La sala de interrogatorios se volvió, literalmente, una carnicería. Todos los que hemos visto el video terminamos por vomitar. Por supuesto que aquel animal escapó. Nadie habla del tema y el caso está archivado. Nadie busca al extraño joven. Los cuerpos mutilados de jóvenes mujeres siguen apareciendo aquí y allá, sobre todo en noches de luna llena.

Amarres

Y TE PREGUNTAS ¿cómo llegué a esto?, mientras el ojo del revólver se acerca a tu frente. Sientes un sudor frío recorrer tu espalda. Quieres decir algo, tartamudeas. Aquel desconocido tiene el pulso firme, seguro de lo

que quiere, no hay el más mínimo temblor en la mano que empuña el arma. El ojo de la parca sigue muy cerca de tu rostro. «Tarde o temprano todo se paga en esta vida, mi compita», oyes que te dice con una voz clara y precisa. No entiendes qué sucede a pesar de la calma y nitidez de sus palabras. Se te reseca la garganta, como si alguien te estuviera metiendo puñados de arena por la boca. —Eres puntual —sigue hablando— debo reconocerlo. Todos los lunes a las 8 de la noche pasas por ella, la llevas con la pinchi bruja esa, y a las 11:10 la devuelves. ¿Qué tanto le hace? ¿Y esos brebajes? Me la ha cambiado, ya no la reconozco...

Te das cuenta de que pierde la calma, escuchas sus palabras entrecortadas. El miedo se atora en tus narices. La voz del hombre se volvió líquida. Sientes el ojo del revólver en tu frente. El acero se incrusta en tu piel, el dolor y el pánico te hacen cerrar los ojos. Piensas en tu inocencia, que sólo eres el chofer del taxi, llevas y traes clientes a la casa de tu bruja. Es más, ni siquiera has entrado a la habitación donde recibe a las personas. Ignoras por completo de qué hablan, o si hacen algún ritual. Nada sabes de lo sucedido ahí dentro. Para ti, el intenso olor a jazmín que exhuma el cuerpo de ella te ha vuelto idiota, vives cada día para esperar sentirla en tus brazos, perderte en sus besos, beberte sus gemidos [...] Escuchas un relámpago, un ligero hilo de calor cruza tu frente. Vas cayendo lento, muy lento. Los recuerdos de cuando la conociste se mueven rápido ante ti. Fue una noche de Halloween, el malecón y sus alrededores plagado de concursos de disfraces. Soñabas con las ganancias para cubrir el atraso de meses desde el encierro por la pandemia. Al principio hiciste buenos cortes, e incluso un gringo puso en tu mano un billete de 20 dólares. Te persignaste y sonreíste. Cerca de la 1 empezó a bajar la actividad. Fuiste por un café al bar “Laurita Garza”. Platicaste un rato con el compa Chava, el barman. Saliste despreocupado. Y ahí estaba ella, con sus piernas largas y torneadas, zapatillas negras, sombrero de pico y minifalda. El labial negro hacía resaltar los labios carnosos y bien delineados. —Disculpe —dijiste —voy a abrir la puerta—. Ella te observó sin titubear, se retiró un poco de la puerta del taxi, estiró la mano y te quitó el café. —Justo lo que necesito—. Recuerdas su voz dulce y al mismo tiempo vaporosa. Dio un sorbo largo al café. No supiste que hacer o decir, estabas fascinado por aquella bruja. A Todos Santos, te ordenó. Con prisa le abriste la puerta y no pudiste evitar bajar la cabeza. Ella, a propósito,

pasó el escote en un ligero roce por tu mejilla. El olor a jazmín te hizo cerrar los ojos y la suavidad de aquella piel hizo que tus rodillas temblarán un poco. Subiste al taxi. ¿A Todos Santos? Eso es lo último que recuerdas con claridad. Apenas sientes tu cuerpo golpear el piso. Sueltas las llaves del taxi. Ya no puedes abrir los ojos y el único consuelo es el intenso olor a jazmín envolviéndote.

Φ

REBECA GUTIÉRREZ AVILÉS



(CDMX, 1960). Profesora, escritora y miembro de la Asociación de Escritores Sudcalifornianos, A.C., desde junio 2009. Radica actualmente en Los Cabos, BCS, México. Ganadora en el primer Concurso de Poesía en defensa del agua y la vida, y en pro de las áreas protegidas, con su poema “Rapiña” (2006). Publicó en la antología *Letras del finisterra* (Instituto Sudcaliforniano de Cultura, 2010), *Una aventura intelectual* (Instituto Sudcaliforniano de Cultura, 2019), *Coordenadas de voces femeninas* (Cuadernos de la comuna, 2020) y *De tus entrañas, madre* (GODESA, 2021). Colaboración de cuentos cortos y poesía.

Puntual

SARA, LA MESERA, lo observaba, atenta a lo que necesitara su único cliente en aquella solitaria tarde del catorce de marzo. Aquel no había sido un día muy bueno por lo que se estaba esmerando con este joven, ya que esperaba recibir una buena propina y con ello, salvar su día.

Al verla dirigirse hacia su mesa, Renato levantó su mano, indicándole con un brusco movimiento que ya no deseaba le llenara de nuevo el tarro de café, sin embargo, le pidió un vaso de agua al tiempo mismo que, mostrándole su celular, la interrogaba sobre la hora. Eran las siete con veinte minutos de la tarde y la impaciencia empezaba a ser más grande que el amor y las ganas de ver y besar a Elena, su novia. “Nena” siempre hacía lo mismo, desquiciarlo con su impuntualidad... Hoy parecía estar dispuesta a no aparecer, pues ya había transcurrido casi una hora desde su llegada a la cafetería de siempre, a la hora acostumbrada, las 6:30pm, y de ella ni sus luces... No lo entendía, el trabajo de Nena estaba a sólo siete cuabras de ahí, por lo que aquello ya era para él, el colmo de la tardanza.

Antes de que tuviera tiempo de decirle la hora, Renato había vuelto a verificar la misma, dándose cuenta de que su celular estaba en lo correcto, ya era tarde.

—¡Dios!, ¡Las 7:30! —exclamó molesto

Sara se quedó inmóvil sin saber qué hacer. Reaccionando de inmediato buscó su propio celular en el bolsillo de su delantal, verificando la hora. Por si las dudas, se la mostró, sólo para ver cómo el chico se perdía en un mar de pensamientos...

Pasados unos cuantos minutos más, Renato mostró indicios de estar harto, así que, con toda la intención de largarse de ahí, sacó de entre sus ropas su billetera; aquella hermosa cartera de piel que Nena le había obsequiado apenas hacía un mes celebrando el día de los enamorados. Al observarla se dejó caer sin saber qué hacer, mientras Sara guardaba su celular y resignada se devolvía ya al mostrador con la jarra repleta de café.

Estaba decidida a no ofrecerle ni una gota más de la humeante bebida, cuando escuchó de nuevo la voz del chico llamándola a su mesa. Apurada tomó su block de comandas y su inseparable jarra.

Al aproximarse Renato le espetó: —¿Cuánto te debo?...

Sara dejó la jarra a un lado y con cara de enfado le entregó un ticket por \$120 pesos. El chico sacó el importe, sin prestar mucha atención, lo dejó caer sobre la mesa, dándose la vuelta sin más...

La mesera molesta al verlo alejarse sin ningún dejo de cortesía le gritó:

—¡No va a venir más!

Y como si la película de un proyector antiguo se enredara y la regresaran lentamente, el hombre se sacudió sintiendo esa frase como si un flechazo le atravesara la espalda, se detiene en seco. Voltea con una mueca de incredulidad, molestia y duda, y sólo atina a exclamar:

—¿Cómo?, ¿qué dijiste...? la interroga abriendo tamaños ojotes.

—Es que... La atropellaron en la mañana... alrededor de las nueve... la vi corriendo como todos los días, para no llegar tarde a su trabajo... ¿No te avisaron?...

Síndrome de Estocolmo

—AURA, ¿qué te paso?, traes muy mala cara...

—¡Un imbécil me lastimo horrible!... apenas ayer por la tarde, amiga...

—¡No me digas!

—Sí Bere, la verdad. ¡Fue horrible! Me dolió mucho todo lo que me hizo. ¡Viejo infeliz!

—Pero y tú ¿Por qué fuiste a ese sitio o cómo es que te topaste con él?

—Pues porque cuando llegué no sabía todo lo que me iba a hacer. En cuanto entré ahí, me amordazó, me drogó. Además me sentí paralizada. Y lo peor vino después, cuando empezó a torturarme con un taladro, mi sangre brotaba por todas partes, ya no sabía si era mi sangre o lágrimas de mis ojos lo que me escurría por mi cara.

—¿Cuánto tiempo estuviste en sus garras?

—Creo que fueron como dos horas, no lo sé, perdí la noción del tiempo...

—Y ¿nadie te auxilió?, ¿no gritaste?

—¡No!, mi lengua estaba adormecida, no me salían las palabras.

—La chica que estaba en el mismo sitio que yo, solo lo miraba a distancia y podría decirte que estaba tan aterrada como yo... parecía que la tenía hipnotizada porque con la mirada le decía lo que ella debía hacer...

—Pero, ¿ cómo? ¿Había alguien más en ese sitio? ¿Y cómo saliste de ahí?

—Pues le pagué —si amiga, le pagué para poderme ir de ahí.

—¿Cómo?, ¿le pagaste?

—Sí amiga, los dentistas cobran, y ¡muy caro!

Φ

RAMÓN IBARRA ESCOBAR



(La Paz, Baja California Sur, 1970). Docente desde hace 19 años en el Colegio de Bachilleres del Estado de BCS. Ha publicado cuentos y artículos en español e inglés en diversas revistas y periódicos locales e internacionales, tales como *The Baja Citizen*, *The Pacific Journal*, *Los Cabos News*, *Horizonte* y la revista *Fatum* de la Universidad Autónoma de Baja California Sur, entre otras.

La gente del lodo

LA TIERRA se abre con un crujido similar al que se produce cuando se parte la corteza de una hogaza de pan; de las grietas oscuras emerge la gente del lodo, son ejércitos de criaturas del tamaño de una patata formadas con terrones acumulados durante la lluvia debajo de las raíces de los sauces y los abetos. Las criaturas, con forma humana, cargan ramas y pequeños trozos de raíces como armas y se dirigen a la batalla con paso seguro y amenazante. Humus el gigante, es su líder. Robusto, agresivo, tiene gran experiencia combatiendo, es un eficaz estratega, comprobado en decenas de batallas. Memorable fue la gran batalla del despeñadero, donde en un día de llovizna lucharon a muerte contra la hojarasca, asalto que se ganó gracias al coloso, con su valentía y conocimiento del terreno de combate. Sus soldados tienen fe ciega en él, lo respetan y lo reverencian. Bajo los gritos imponentes y las órdenes de su gran héroe de guerra, la gente del lodo viaja en columnas de cinco guerreros, atravesando troncos, lomas y pastos como un batallón de hormigas de fuego del Amazonas, recorren la noche a través de la oscuridad del bosque, frío y tétrico, evitando riachuelos y cuerpos de agua que pudieran devastar sus números. Antes del amanecer, Humus trepa sobre una raíz de acacia, sostiene el puño en alto y se dirige a su ejército:

—¡Gente del lodo! —grita con fuerza y valor —¡No mostraremos compasión hacia nuestros enemigos!—. Los guerreros responden enardecidos apoyando a su líder con un bramido de aprobación.

—¡Muerte a las rocas!— rugen el líder y señala hacia el horizonte.

Las primeras luces del día iluminan el Valle de las golondrinas, un lugar con antecedentes de combates. Batallas épicas se han librado en este campo entre pueblos primitivos de lodo y piedras. Humus levanta el brazo derecho mostrando el puño. El ejército de lodo se detiene al instante. Ahora se preparan para la batalla. Los guerreros, aunque valientes y experimentados, están nerviosos e intranquilos, pero el valor, coraje y convicción que su líder evidencia, mantiene a todos al frente. A mediodía, nubes negras comienzan a oscurecer el valle mientras Humus recorre las primeras líneas de batalla buscando señales de temor e indecisión entre los soldados, al mismo tiempo que incita a sus tropas con gritos y expresiones bélicas. Funciona. Al escuchar a su caudillo, los guerreros son seducidos

y convencidos a dar la vida en la batalla y vociferan muerte y destrucción. De repente, la algarada de guerra es acallada por un retumbo que se deja escuchar tras la colina al final del valle; la gente de piedra y su ejército emergen amenazantes. La hora ha llegado. Calizo, quien la gente del lodo conoce por su fama de bárbaro y despiadado, marcha al frente, inmenso e imponente, sosteniendo una estalactita en su mano. El batallón rocoso es numeroso. Triplican en número al lodo. Cada paso que da el ejército de piedra estremece los terrones con los que están formados Humus y sus guerreros. El tremor de la tierra sobre la que avanzan las piedras es sin duda una manifestación de su poderío. Los soldados de lodo comienzan a apreciar y añorar el verdadero valor de la paz, algunos tiemblan, otros comienzan a desmoronarse, literalmente. La mayoría se mantiene firme, sin embargo, en espera de cualquier orden de Humus, su bastión. Esperan un grito, un rugido, una señal.

Pero cuando esa señal llega, no llega de su líder, sino de Calizo:

—¡Muerte al lodo!— brama la feroz piedra, poseída de furia, mientras las rocas en un estruendo ensordecedor avanzan, decididos a aplastar a sus atemorizados enemigos.

El primer choque es brutal para la argamasa de tierra; la piedra, con todo su poder, tritura sin misericordia las primeras líneas, aun los terrones más sólidos colapsan ante esta arremetida. Sin embargo, algunas piedras son aplacadas también, el lodo tiene una estrategia y sabe cómo ejecutarla; los terrones más grandes cubren por completo dos o tres rocas, eliminándolas de la contienda. La pelea parece nivelarse. Las rocas intentan avanzar, pero son inmovilizadas por el lodo. Al mismo Calizo ya no se le ve, tampoco a su atemorizante estalactita. Entonces, la catástrofe: las oscuras nubes toman parte en la batalla y dejan caer unas pesadas gotas, seguidas después de una torrencial lluvia. Los terrones comienzan a desintegrarse por el efecto del agua, los debilita, les quita toda posibilidad de una pelea franca y noble si es que el término puede aplicarse en la guerra. La piedra grita de júbilo y triunfo. Calizo resurge de su tumba y ostentoso, reclama la victoria. En minutos, el ejército que la noche anterior emergió de las raíces del bosque decidido a pelear ahora solo es un lodazal que el agua arrastra valle abajo. De todos ellos, solo un guerrero se mantiene en pie, escondido bajo unas setas. Es Humus. Ha huido de la batalla al sentir las primeras

gotas, reconociendo antes que todos, su inminente derrota. Ha perdido un brazo y parte de su rostro debido a la lluvia. O a la batalla, no está seguro. Eso no importa ya. Hace unos momentos era la voz y el corazón de un ejército valiente y temerario. Ahora, ya no es nada. Regresará a casa con la vergüenza y el infortunio de la derrota y tendrá que explicar a su pueblo cómo sobrevivió. Mentirá.

Raquel

RAQUEL CAMINA por entre las angostas y polvorientas calles rumbo a la escuela, cargando con su mochila, su lonche y una especial y roja fruta en la mano. La entregará con amor a Conchita, su adorada maestra de tercer año. Este trayecto habitual es algo que Raquel ha hecho por mucho tiempo, todos los días. Pero hoy, algo es diferente. Las calles parecen no ser las mismas, no hay tanto polvo como solía haber. Incluso algunos perros a los que la niña saludaba con cariño durante su recorrido al colegio están ausentes. Sin embargo, eso no la detiene ni le genera interrogantes, avanza con paso firme hacía aquel edificio que se recorta en la esquina. Cuando Raquel llega frente a la entrada, nota algo inusual; el portón está cerrado. Don Fermín, el mozo, no está ahí para mantener abierta la estructura. El silencio reina dentro. La niña gira su cabeza hacia ambos lados buscando a los padres corriendo presurosos con sus vástagos aferrados de sus manos. Nadie. Se pregunta si es domingo, día festivo o cualquier otro acontecimiento que genere la ausencia de sus compañeros y maestros del plantel. Ahora nota como la hierba ha crecido justo debajo del portón y en los recovecos de la acera. Hoy es martes, se dice Raquel. Apenas ayer por la tarde se despidió justo aquí de Teresita, su compañera de pupitre, mientras bromeaban sobre las pecas de Jacinto, el hijo del curtidor. Llena de dudas, Raquel salva los tres escalones y sacude la reja, esperando alguna respuesta. Al contacto con el metal, todo cambia súbitamente. Raquel cae en una espiral y todo a su alrededor se llena de un color púrpura profundo. En un descenso vertiginoso, la niña puede escuchar la voz de la señora Lucy, la encargada del orden, intentando separar a Raulito y Sebastián, que pelean por ser el primero en arrancarle

la cabeza a un saltamontes. Comienza a sentirse mareada, pues sus visiones se vuelven aún más intensas; aquella maestra pasada de peso, quien usaba unas pesadas gafas y unos vestidos estampados de flores con colores pálidos, llora detrás del bebedero, mientras a sus pies, el viento se lleva un papel amarillento, hecho jirones. Ahora, quien habla es Conchita, que con lágrimas se dirige a su grupo, utiliza una tela extraña en su rostro que no deja escuchar lo que ella dice, solo murmullos sordos. Raquel le extiende la manzana a su maestra, con cariño y admiración, pero ella ya no está ahí, ha dejado detrás solo un pizarrón polvoriento, con una fecha escrita en letras grandes y en gis color azul. Las visiones de Raquel se cortan y la espiral se detiene, se da cuenta que ahora tiene 34 años y detrás de la reja solo puede ver un cartel sobre el suelo, sucio y demacrado, donde se leen solo palabras de advertencia y pánico.

Φ

ALEXIS HASSIEL MEZA COTA



(La Paz, BCS, 1993). Influido profundamente por el romanticismo y lo gótico, sus obras están ambientadas en distintos lugares del mundo, haciendo alusión a antiguas leyendas y folclore de diversas culturas. Además, es un escritor que agudiza en la psicología de sus personajes y nos muestra la crudeza de la vida de muchos seres humanos en la Tierra, inmersos en una infinidad de circunstancias.

Un espantapájaros poseído

DON ROBERTO había adquirido un maizal de media hectárea en un terreno aledaño con su casa, ubicada en lo alto de una sierra en el estado de Michoacán. El señor que le vendió el maizal hacía poco que había instalado un espantapájaros con el fin de ahuyentar a los cuervos, mirlos y a los ladrones, y lo había confeccionado él mismo con un aspecto desagradable. Se sabía que este señor era dueño de cientos de hectáreas de cultivo en todo el estado, era avaricioso y tenía un carácter violento y orgulloso, de tal manera que el espantapájaros que hizo le confirió cierto aire de perversidad. Las piernas y los brazos estaban hechos de la madera de una estaca, el pecho y los órganos rellenos de paja y adornados con harapos, y la cabeza consistía en una calabaza rugosa de un color naranja intenso con dos grandes agujeros que hacían de ojos, y un corte debajo la hacía de boca. Al principio la cabeza llevaba puesta un sombrero de paja, pero a las pocas noches de estar en medio del maizal el viento se la llevó y quedó con la cabeza de calabaza al descubierto. Ciertamente verlo de noche causaba aprensión.

Pues bien, la noche del 29 de septiembre ocurrió un suceso sobrenatural en la casa y el terreno de don Roberto. Esa noche había venido desde la Ciudad de México su hija menor llamada Lizeth a pasar el fin de semana con sus padres, la muchacha venía con sus hijos pequeños y su marido no pudo acompañarla por motivos de trabajo. Karla, la hija mayor de don Roberto, también había venido a la casa de sus padres a relajarse tras los intensos trabajos escolares que llevaba entre semana en el instituto tecnológico de la ciudad más cercana. Al atardecer la señora Lourdes, madre de las muchachas y esposa de don Roberto, se encontraba en la cocina atizando el fuego en la estufa con chimenea de barro, preparando la cena y café caliente para su familia para pasar el frío, pues durante todo el día había estado lloviendo mucho en la sierra. Era un típico anochecer frío y nublado de otoño en el hogar de don Roberto, quien acaba de llegar justo a tiempo a la casa para cenar con su familia luego de recoger agua de un pozo cercano junto a su hijo Alberto, que durante el día había estado trabajando con un amigo llevando madera en un tráiler hacia un pueblo cercano a la ciudad de Morelia. Resultaba agradable ver a la familia reunida cenando y conviviendo en la calidez del hogar, pues por lo general

los hijos vivían aparte y por sus trabajos y estudios no disponían de mucho tiempo para visitar a sus padres. Luego de una amena convivencia familiar, a eso de las diez de la noche cada uno se retiró a sus respectivos dormitorios, Lizeth se fue junto con sus niños al cuarto de su madre, Alberto y Karla se fueron a un cuarto de ladrillo con cemento que lindaba con el maizal, y, antes de acostarse, don Roberto dio un vistazo a las gallinas y a los cerdos en el corral y un breve recorrido por el maizal.

La luna brillaba con un esplendor pálido, hacía un frío inusualmente helado para ser principios de otoño, una ligera llovizna caía de vez en cuando y un tropel de diáfanas nubes cruzaba rápidamente el firmamento. Esa noche era como una de tantas noches frías y lluviosas de septiembre en la parte alta de la sierra donde vivía don Roberto con su mujer, sin embargo, se respiraba en el ambiente algo fantasmagórico y desazonador que no dejaba conciliar el sueño a Karla, quien permanecía con los ojos abiertos mirando la ventana en la oscuridad de la habitación. Poco antes de la medianoche reinaba un silencio profundo en el interior de los cuartos de la familia sólo interrumpido de vez en cuando por el aullar del viento entre las hojas de los pinos y por unas ligeras gotas de lluvia que caían en el techo; todos se encontraban dormidos salvo Karla, que en general no tardaba tanto tiempo en dormir al acostarse. Había algo en la atmósfera que la intranquilizaba, pero ella no se explicaba qué cosa era. Cuando la joven se sentó en su cama, suspiró y miró por la ventana que daba al maizal, y mientras recordaba los momentos tan agradables que había pasado al lado de su novio con la mirada perdida en la lejanía, de pronto algo llamó súbitamente su atención... Una figura negra y anaranjada se movía lentamente entre el maizal y parecía sostener una guadaña pequeña en uno de sus brazos que apenas se podían percibir. Karla se desconcertó y cuando aguzó la mirada la luz de la luna mostró la cabeza tenebrosa del espantapájaros, las facciones de su rostro naranja estaban contenidas por una mueca de odio repulsivo. A Karla se le heló la sangre, pues veía que el espantapájaros que estaba en medio del maizal de su padre había cobrado vida y estaba en movimiento acercándose a ella. A continuación, se produjo un grito de susto, y Alberto se despertó en seguida.

—¿Qué haces levantada, Karla? —preguntó extrañado y bostezando —
¿Tú fuiste la que gritaste?

—¡Mira, Beto, el espantapájaros está caminando y viene hacia nosotros con una guadaña! —dijo ella entre estremecimientos.

—¿Qué estás diciendo?, ¿cuál espantapájaros? —dijo Alberto y enseguida se levantó de su cama y encendió la luz de la habitación. Karla se levantó sobresaltada y cuando su hermano miró por la ventana vio que el espantapájaros se encontraba en medio del maizal, sin ninguna guadaña y en el mismo sitio donde lo habían plantado para espantar a los cuervos.

—¡Mira, pues, estabas soñando! —le dijo sonriendo a su hermana menor y volvió a acostarse.

—¡No, te juro que no estaba soñando! —repuso la muchacha con voz precipitada y pálida como la cera.

Apagaron la luz de la habitación, y volvieron acostarse. Sin embargo, no habían transcurrido ni veinte minutos cuando, al volver a mirar a través de la ventana con un claro desasosiego que no la dejaba conciliar el sueño, Karla escuchó el gruñido de un gato, sintió escalofríos y miedo, pues los gatos y en especial los felinos grandes le inspiraban aprensión. Instantes después del gruñido del gato, apareció súbitamente en los cristales de la ventana la horrible cabeza de calabaza del espantapájaros, los agujeros negros que la hacían de ojos emitían un resplandor rojizo de carácter demoníaco y su rostro rugoso estaba deformado por una sonrisa malévola y sarcástica. ¡Dios mío, cómo se estremeció la joven al ver aquel rostro de calabaza! No pudo contener un grito que hizo que los demás integrantes de su familia se despertaran, y cuando Alberto prendió la luz de la habitación pudieron ver que un gran gato negro como el hollín se abalanzó sobre el espantapájaros insertándole sus afiladas garras en el rostro y, al caérsele la guadaña, la piltrafa de paja y de andrajos corrió hacia el centro del maizal. En seguida, Karla corrió con su papá y cuando don Roberto salió para ver qué ocurría en el maizal vio que el espantapájaros presentaba numerosos rasguños en su rostro, pero no vio ningún gato negro y, lo más extraño, el muñeco de paja yacía en pie justo en el mismo lugar donde lo plantó el señor que le vendió el maizal hacía un par de semanas.

—¡Quitemos inmediatamente ese espantapájaros de ahí, papá! —dijo Karla con los labios temblantes por la reciente presencia del gato que ahuyentó al espantapájaros.

—Este canijo espantapájaros no volverá a molestar a mi flaca —dijo don Roberto sonriendo y, junto a su hijo Alberto deshicieron al espantapájaros, esparcieron la paja alrededor de un pequeño establo donde había una vaca para que se la desayunara en la mañana, tiraron a la basura los andrajos y las estacas, y la calabaza la molieron hasta hacerla papilla. Karla sintió un gran alivio, y hasta bien entrada la noche pudo dormir profundamente.

Φ

ROBERTO MORALES



(Roberto Andrés Morales Hiraes) (La Paz, 1997). Estudiante de la carrera de Lengua y Literatura en la Universidad Autónoma de Baja California Sur. Ha realizado voluntariado con distintas asociaciones civiles relacionadas con el medio ambiente y los derechos humanos. Es mención honorífica por la Universidad Autónoma de Baja California Sur (UABCS) en 2020 con el cuento *El puerto en escombros: el recuerdo de El Rines* y en 2021 con el ensayo *Los de antes*, relacionado con la oralidad, un patrimonio inmaterial de sudcalifornia a través del departamento Responsabilidad Social Universitaria. Director del corto documental “Más allá del recuerdo”, que fue desarrollado en el diplomado de Polos Audiovisuales (IMCINE). Fue locutor principal en Gaceta Ciclo MARAL en Radio UABCS. Actualmente desempeña el papel de gestor cultural emprendiendo espacios de expresión artística y desarrollo de proyectos socioculturales en el municipio de La Paz.

Lej lejá

EL AMANECER se ocultó súbitamente detrás de las nubes, una oscuridad que cubrió por completo al pueblo. Las rocas en el mar chocaban, un paseo enfurecido de olas que arrastraban esos cuerpos sólidos a ritmos lentos.

Distrajo mi expectación Hernancito, mi hermano. —Tengo hambre— dijo. Cerré la ventana con maderas y unos clavos, mi recuerdo de la madrugada se desvaneció en el viento y encendí una vela sobre la mesa del cuarto.

La luz de la vela iluminaba la casa, una habitación hecha a mano con palo de arco, un hogar que era una herencia de mis tatarabuelos. Al fondo en una esquina estaba mi hermano. —¿Y mi ama? —dijo con una sonrisa.

Entre la oscuridad y su silueta generada por la pequeña flama de la vela, recordaba que él no sabía las consecuencias de los chubascos y mucho menos había experimentado permanecer en casa, era cotidiano salir al corral para trabajar la tierra y arrear al ganado.

Mi hermano con tres años nació justo el último día que este pueblo tuvo contacto con las lluvias y hasta entonces, hasta aquel día él habría de presenciar la lluvia. Mi hermano sonreía impacientemente porque entendió el final de la sequía, o el hambre, que nos hacía compañía desde hace unos años. Su sonrisa a través de la luz de la vela dibujaba felizmente a las maderas quebradas de la casa. Brincoteábamos sobre el suelo lodoso.

Al entrar un viento frío, extendí mis brazos hacia su cuerpo para contener nuestro calor. Recuerdo fielmente mi búsqueda en una esquina donde enterré una caja con un pedacito de chimango, caminé y lo desenterré. — Pero no le vayes a decir a mi apa —y me reí a carcajadas.

Caí en un sueño, había una tierra que huele a fértil, repleta de flores enormes y amarillas, como la del mezquite cuando llueve, debajo de ellas encontraba algo más rico, unas grandes calabazas. En un abrir y cerrar de ojos, la tierra se secaba y la soledad de la llanura tan brillante, pero tan hueca provocaba que yo derramara lágrimas, una sensación del presente sin un pasado, era yo y solo yo.

De pronto, la puerta azotó en el suelo y desperté.

—¡Levántate, Andrés! ¡Apúrate, mijo!

—¿Hernán? ¿Dónde está Hernán? ¿Y mi ama? ¿Y mi apa?—. Acaricié la tierra, solo por recordar y fingir que el frío era calor, y que la arena no era arena, sino la piel de mi madre. —¿Cuándo cantaran los pájaros?

La mamá de Heraldo no dudó dos segundos más: —¡Heraldo, mi amor, agarra a este chamaco y llévatelo con los otros!

—¡Heraldo! ¿Por qué lloras?

—Andrés, la neta... aguanta hasta que brille el sol y eso es todo lo que me tienes que prometer—. Aún veo su sonrisa entre sus ojos que se hundían en el terror, su cuerpo temblaba asquerosamente.

Subimos una pendiente y vi una hilera con plebes, abuelos y abuelas, todos y cada uno tomados de la mano, una cadena humana que cruzaba el arroyo, el cual crecía súbitamente. Heraldo me colocó en la punta, yo era el mayor de los más jóvenes. Yo de 11 y los otros de diez para abajo.

—Aguántame tantito, ahorita vengo—. Y así, Heraldo soltó mi mano.

—¡Llévatelos a Las Piedras blancas, cuidado con el toro y la venada, que andan locos! —indicó don Chepe desde otra fila.

Cuatro pasos hacia delante, el cauce de agua aumenta, la tercera fila se rompe y el suelo donde está la cuarta y la última se desborda. El sonido turbio del agua se aproximaba. —¡Apáñense de los ciruelos y los palos blancos! —gritó Heraldo.

Así como un cadáver se desploma, sobre nosotros corrió una cascada densa, muy densa y lodosa, entre otras tantas cosas, cayeron nuestras casas y los animales rendidos ante la tempestad. En ello, un venado berreando bruscamente nadaba sobre el arroyo y sus cuernos al pasar frente a nosotros se pintaban de sangre.

Me abrace fuertemente del primer ciruelo y cerré los ojos, inmóvil, recordaba “aguanta hasta que salga el sol” y lo repetía, y abrí los ojos, mire al cielo y el cielo era negro. Don Chepe soltó mi torso... mis recuerdos se perdieron en el lodo.

Haaretz

NOS ACOSTAMOS plácidamente en el vientre de una enorme vaca, comenzamos a ver los luceros que se desplazaban en el cielo. Roberto delineaba con sus dedos las constelaciones. Él sostenía mi mano y con la otra mano trazaba las estrellas. La luna brillaba, podía ver claramente su rostro. Llorábamos con las manos juntas y muy abiertas...

Despertamos a raíz del mugido de Josefina, la vaca. Perdí la chavina en el camino. Roberto se puso la camisa vieja que traía en la mano, de un salto subió a Josefina, se fue directo a casa de doña Helena sin decir alguna palabra, yo caminé. Se quedó el pargo y no volví a verlo hasta unas semanas después.

Al día siguiente Roberto me esperaba en el patio, al salir lo tomé de la mano. Mi sonrisa era un columpio, una línea curva deseosa de sostener su cuerpo, él sentadito sobre la punta de mi lengua.

—¡Degracia' o matrero!—. Mi padre repleto de furia entra a la casa y repatea las cosas, sale con el rifle. Una recarga y dispara al aire. Corríamos a la serranía. Un proyectil se desprende del rifle hasta los copetes de Roberto. Mi padre se retira al monte sin excusa alguna.

—Andrés, ¿estás bien? ¿Me escuchas? ¡Corramos! ¡Vámonos de aquí! ¿Por qué no te mueves? ¿Por qué tus ojos me miran así? ¿Por qué no te escucho? Háblame, Andrés ¿A dónde se van todos? —. Él insistía: —Vámonos de aquí. Nos ocultaremos entre la playa y el monte. ¡Abre los ojos, no llores!—. Pero yo... ya no pensaba nada más. Lo veía a él, y estaba muy sonriente, muy enérgico por irnos a otro lado, a otro día.

—¡Andrés, vayamos a la piedra donde nos recostamos por primera vez! ¿Recuerdas? Te pintaré el camino más hermoso de las galaxias. Andrómeda ¿Pelaes, recuerdas? Ese vato que leí, y poco entendí, pero ahora sé que la belleza del cielo se verterá sobre nuestros ojos al postrarnos una noche sobre el manto oscuro que besará nuestro espíritu. Andrés. Ya dime algo ¿Te enojaste porque te agarré la mano?—. Y su cara cada vez más pálida.

La vez pasada escuché a Gabriela y pensaba sobre la poca suerte que tenemos de estar lejos de la ciudad.

—Y, y... sabes... Yo quería verte sonreír por estar juntos. ¿Y si vamos a la ciudad?—. La vida se nos escurre entre las manos. No era común que Roberto hablara tanto. Esas fueron las palabras más sinceras que pudo haberme dicho.

—Toma, mira, en mi bolsillo guardé un poema que te escribí —dijo en un último aliento. [tempus fugit]

—Eso no es un poema Roberto—. Y tonto fui. Esas fueron las últimas palabras que le dije... Grité desesperadamente, era un esfuerzo de apagar las lágrimas que aparecían. Pienso en las manecillas del reloj y me pregunto ¿cuántas vidas caben en el recorrido de sus manecillas?

Cerré mis ojos bien cerrados para desaparecer. Ir a la noche anterior donde Roberto me guiaba a las constelaciones con sus dulces manos.

Abrí los ojos. Postré a Roberto en una roca. Lloré sobre su cuerpo, ya un poco más frío. Al ver que ya no hay un brillo flameante en sus ojos, me petrifique. Me volví piedra sobre la piedra.

Φ

MARLIZ MORENO



(CDMX, 13 años viviendo en La Paz, BCS). (Margarita Elizabeth Moreno Vázquez). Licenciada en Comunicación y Relaciones Públicas por la Universidad Latinoamericana (ULA). Maestra en Gestión y Dirección Estratégica de Recursos Humanos por el instituto de Estudios Superiores (IES) de la Fundación Universitaria San Pablo CEU de Madrid. Se inició en 1996 como editora de notas internacionales en la Agencia Mexicana de Noticias (Notimex). Fue editora de la revista MexiCalidad y se ha desempeñado en el Área de Capacitación en organizaciones como Federal Express Holdings México y C.A. (FedEx); Banco Interamericano de Desarrollo (BID); Ingersoll-Rand/Husmann y Grupo Nacional Provincial (GNP).

Ha sido docente en la Universidad del Valle de México (UVM). Es autora del libro *El vuelo de la mariposa* (Instituto Sudcaliforniano de Cultura). Y ha tomado diversos cursos y talleres en el género de novela, poesía, narrativa y creación literaria. Recientemente obtuvo la Certificación como profesora de español como lengua extranjera, por el Instituto Cervantes en Ciudad de México. Desde hace tres años administra el grupo literario Artesanos de Mundos en la Ciudad de La Paz, Baja California Sur y, en la actualidad labora como agente inmobiliario en la empresa National Realty.

El jaguar real

HABÍA UNA vez un gato fofo que sólo pensaba en comer y dormir. Por las mañanas, le gustaba tumbarse de panza para disfrutar los rayos del sol. Usaba su lengua rasposa para acicalar los pelos pardos de su regordete cuerpo. Cierta día se topó con un grupo de gatos del barrio quienes le preguntaron su nombre y de dónde venía. A lo que él respondió:

—Me llamo Fofi, y soy un jaguar real. Provengo de una estirpe legendaria. Por eso soy bello, suave y musculoso.

Todos los gatos soltaron una carcajada y uno de ellos se le acercó para decirle:

—Ah, entonces ¿tendremos el honor de contar con la distinguida amistad de un noble?

—Bueno, yo puedo venir a visitarlos de vez en cuando, pero no crean que por eso ya pueden considerarme su amigo. Ése es un privilegio que no cualquiera tiene.

Entonces se dio la media vuelta y se fue. Los gatos del barrio no podían parar de reír.

—¿Cómo ven amigos? El señor Don Fofi no nos concedió el honor de considerarnos sus amigos —dijo uno.

—Es entendible, nosotros somos gatos de barrio y él es de sangre real —comentó otro, mientras se tiraba al suelo de la carcajada que soltó.

En ese momento observaron a la distancia al gato Fofi que se había topado con un viejo espejo roto recargado sobre un bote de basura. Notaron cómo admiraba el pardo y sucio pelaje que cubría su obesa silueta. Lo escucharon decirse a sí mismo:

—¿Será posible haber nacido con esta majestuosidad? Sin duda, soy el último y más digno representante de la gran estirpe de los jaguares reales.

Al tiempo que levantaba orgulloso la cara y acomodaba sus tiesos y malolientes bigotes.

Carta a Danilo

HOY MISMO voy a prender fuego a este vestido. Creo que siempre lo supe, Danilo, ese eterno cobarde. ¿Cómo no pude presentir que al final no te atreverías a dar el gran paso? Desde la vez en que aquél borracho me faltó al respeto y yo sola tuve que defenderme. Tú, ni te enteraste por andar brindando con extraños, haciendo lo que más me lastimaba, ignorarme.

Pero hoy mismo voy a prender fuego a este vestido. Si no lo hago, creo que voy a estallar de tristeza. Necesito borrarte, tengo que acabar con tu recuerdo esta misma noche. De lo contrario, cada célula de mi cuerpo se marchitará y habrá ganado tu egoísmo sobre el buen amor que alguna vez te tuve.

Sin falta, hoy voy a prender fuego a este vestido. Ya me veo en treinta años, totalmente rendida, rodeada de gatitos, todos ellos descendientes de La Mifi. Ya me veo gorda y dejada, sin más emoción que los suéteres de colores que pueda tejerles a esos nobles mininos.

Pero no. ¡Ni madres! Hoy mismo voy a prender fuego a este maldito vestido. Y en cada centímetro de tela ardiendo, pensaré en el poder que alguna vez tuviste sobre mí, Danilo. Y durante el incendio, me aseguraré de que las llamas devuelvan mi poder.

Y una vez habiendo convertido mi vestido de novia en cenizas, venderé los anillos, las arras y el ajuar completo. Compraré un pasaje que me lleve hasta el fin del mundo, a cualquier sitio en donde tu recuerdo no pueda alcanzarme. Te has dado permiso de lastimarme hoy, que era el día de nuestro aniversario, pero no te concedo ni un minuto más.

La señorita Robles

ESA NOCHE el pequeño Ricky fue a la tlapalería, pidió cien gramos de veneno para ratas. Por aquellos días, la plaga inquietaba a todos los vecinos del barrio. Los grisáceos roedores estaban invadiendo poco a poco las coladeras, alcantarillas y hasta las cocinas y baños de la vecindad.

Días atrás, una anciana solterona a quien conocían como “La señorita Robles”, también había acudido a la misma tlapalería a comprar la misma porción de veneno. Pero Ricky había presenciado la imperdonable escena. Eso que jamás podría perdonarle a la anciana. Había sido ella, la culpable. Esa maldita se merecía un castigo ejemplar.

El pequeño Ricky se levantó de hombros y dijo no saber nada cuando el portero le preguntó si él había visto algo.

—No, don Polito, ni mi mamá ni yo le hablábamos a la señorita Robles.

—¿Sabes si vivía sola o si tenía familiares?

—No, pero no creo porque nunca nadie venía a visitarla.

—Bueno Ricky, lo bueno es que nos pudiste avisar, aunque por desgracia ya no pudimos hacer nada por ella. Vamos a esperar a que llegue el ministerio público.

—Y por cierto, mijo. ¿Ya no estás triste por lo de tu gatito?

No, don Polito. Mi mamá y yo lloramos mucho cuando lo encontramos aquel día todo tieso. Él siempre fue un buen gato, gracias a él, nosotros no teníamos ratas, pero me consuela saber que ahora ya puede descansar en paz y ojalá ya se encuentre en el cielo de los felinos. Dijo el pequeño Ricky, mientras volteaba a ver de reojo el estirado cuerpo de la señorita Robles que yacía en el pasillo de la vecindad.

Φ

GUADALUPE NUÑO FLORES



(Guadalajara, Jal, 1966). Polítologa, poeta y narradora. Radica en BCS desde 1966. Ha expuesto su obra en encuentros de escritores y espacios educativos y culturales. Ha participado en diversas obras literarias: En poesía: *Rumor como de brisa*, muestra de taller de poesía de UABCS (1995), la *Antología de Mujeres Escritoras Sudcalifornianas: A sus libertades alas* (2007), *Dellirium* (2012), y antología *Verdad y belleza* (PACMYC, 2014). En narrativa: *El Confesionario de Cuadernos de la Serpiente* (2018), *El Oficio del Instante* (2019), novela breve: *Manita, no te cases* (Paquidermo Editorial, 2019) y ha publicado poesía y cuento en revistas impresas y digitales.

Nadie los hacía en el mundo

JULIA LE llevó comida como todos los días a su hermano, que era su cuate. Ya no estaba en el chamizo, ubicado al fondo del terreno, cerca de donde vivían su abuela, su mamá y ella. Le gritó loca de angustia: — ¡Román, Román, Román!—. Nunca le respondió. Se le hizo extraño. Tenía años sin salir de ahí.

Román se desterró, por aquello que lucubraron de chamacos. Por más que Julia le insistió que no lo hiciera, que era mejor guardar el secreto.

Algo le decía que debía regresar allá. Desesperada subió a la colina. Lo encontró ahí tirado, cubierto de sangre con el machete en la mano, justo en la cueva donde solían jugar cuando la infancia era una rosa del desierto. Recordó como pedrada en su cabeza lo que le dijo en reiteradas veces: — Si te mueres primero, mana Julia, yo te entierro en la cueva; si me muero yo primero, yo iré solo para que no batalles en subirme hasta allá. Tú le dirás a mi amá que me fui a La Paz—. Julia le contestaba: —Estás loco de remate. ¡Ya olvídalo! Se murió de viejo. No fue nuestra culpa. Llorando como Magdalena lo enterró como pudo, después con el mismo machete se cortó la yugular.

Cuando eran unos mocosos a Julia y a Román, les gustaba siempre estar juntos e ir seguido a la colina que estaba en medio del lugar. En las faldas estaba la casa más grande del pueblo, donde trabajaba su madre desde que era una adolescente. Era la vivienda de Don Casimiro Cota. Los cuates gozaban, porque antes de subir la cumbre, apedreaban los huevos de su gallinero, para que sus dos hijos, cinco hijas y doña Rigoberta Castro, su esposa, ardieran de coraje.

Una tarde, ya casi al esconderse el sol, don Casimiro, su dizque padrino, el señor delegado de San Santiago, afamado por ser el más rico terrateniente de la región, le dio un infarto. Estuvo grave una semana, hasta que murió. Es que Román fue a buscarlo, antes que le pasara todo eso, le confesó diciendo: —Yo fui quien soltó el ganado para que pisotearan y se comieran sus sembradíos. Al instante cayó al suelo, sin poder decir nada, ya que las pérdidas eran exorbitantes.

Justo antes de llevarlo a enterrar, se tomaron la foto del recuerdo como era la tradición, donde figuraba la familia elegante con sus caras lloronas

y en el medio don Casimiro en el ataúd inclinado, para que saliera su rostro de garbanzo.

Al cuate ya lo tenía harto el viejo, de sus mentiras, de su falta de amor, de ocultar que eran sus hijos, de que a su madre la tuviera amenazada, que, si decían la verdad, la iba a dejar sin trabajo. A parte la hacía mentir que ellos eran hijos del fayuquero, que venía al pueblo y siempre se iba con la misma viada.

Al principio a los cuates no les importó dejar temblando y llorando a toda esa familia que lo tenía todo. De paso ese mismo día desprendieron las hojas de las revistas de política, en las que referían a su padre como buen hombre, honrado y trabajador: las hojas las hicieron avioncitos, las tiraron desde arriba de la colina, para que según, el poblado tuviera que leer y distraerse.

Esa colina si hablara de los cuates, contaría sus carencias, pero también su libertad. Ahí fueron aves que ahuecaron alas a lo desconocido. Perdían la noción del tiempo entre las cactáceas, entre la cueva, entre las piedras níveas colosales; huevos de dinosaurios que siempre imaginaban que eran.

Se iban horas para allá, sin que su madre, ni su miserable padre, los buscaran. Al fin de cuentas eran los otros, los malos, los bastardos. Nadie los hacía en el mundo.

Nunca más

*Y el cuervo dijo: “Nunca más”.
¡Profeta! Exclamé ¡cosa diabólica!*

—Edgar Allan Poe

SAM, DESPUÉS de tantos años logró escapar de ese cuarto inmundo. Tomó los jarrones que coleccionaba su madre; con sus manos temblando los lanzó hacia el patio trasero de la casa, por más que ella con golpes y gritos le repetía que no lo hiciera.

Tomó el hacha que estaba en el sótano. Mató el recuerdo de su abuelo finado, quien se había aprovechado de su inocencia. Sam, como si fuera

un animal con rabia, destrozó lámparas, fotos, pinturas, armario, cama. ¡Todo! La sangre a borbotones se fue rielando por su rostro, por su pecho de cuervo que recién descubría que podía volar. Las baldosas, los muros se pintaron de ausencia, de rojo escarlata. Cerró cortinas, esa puerta. Esa habitación se fue mutando en tinieblas.

Después se recostó en el sofá de la estancia. Cual arca en diluvio perdió la noción del tiempo. Pasaron lunas, soles sin poder abrir los ojos, hasta que un amanecer despertó, fue al baño. Al momento de verse en el espejo, habían desaparecido de su rostro las comisuras de sus labios, pero no le dio importancia.

Dejó de tomar las pastillas que a diario le daba su madre. Sam estaba feliz porque nunca más volvió a escuchar sus palabras, recriminando todo el tiempo, nunca más recibió golpes de nadie. Fue hasta entonces que empezó a escuchar voces, cual zumbidos de avispa. Le hablaban insistentemente por su nombre, le decían cosas que no vislumbraba, le decían cosas que no quería hacer, le decían cosas.

Al principio, para despabilarse, para no escuchar, leía los cuentos de los hermanos Grimm. Escribía frases en hojas sueltas. Después optó por salir de noche a correr sin rumbo, vestida de hombre como siempre lo había querido ser. Salía para comprar víveres sin levantar sospechas. A veces se detenía para mirar la luna, las estrellas. Otras, corría, corría hasta que le dolieran los pies.

Con el tiempo, dejó de observarse en el espejo. Sólo escribía con tinta indeleble: —Quiero volar como un cuervo, besar la luna, ser yo. Sam.

Siempre que regresaba por las madrugadas, lo primero que hacía era bañarse. No soportaba ese olor vivo de las calles.

Sus escritos aparecían como por arte de magia en el parque de Los Cuervos, en bancas, en los adoquines, en los troncos de los robles, en donde su imaginación podía alcanzar. Algunos los leían con agrado, otros tantos consideraban que quien escribía, era quien estaba matando gente, una persona por semana. El temor se respiraba en la ciudad de neón. Con el tiempo los cuervos fueron plaga, sus graznidos eran insoportables para los pobladores, pero a Sam eso lo excitaba.

La gente susurraba que por las noches de plenilunio solían aparecer las letras. Además, aseguraban que habían visto que las palabras solas se iban formando. Las autoridades empezaron a investigar el misterioso caso

Para calmar el caos, los mismos habitantes y los encargados de guardar el orden público hacían redadas. Un día descubrieron que había un indigente que solía merodear por el parque. Lo golpearon tanto, que se declaró culpable.

Mientras tanto, la marca de prestigio de USA, Fashion Week de suvenires, registró las frases como propias, usó la imagen del cuervo, lo plasmó en sus productos con las mismas, en camisetas, mascadas, cojines, cigarreras, ropa interior. Fue un boom. Las compras eran de locura para propios y extraños que venía de otras partes del mundo.

La compañía en su publicidad aseguraba que un fantasma las había escrito. Fue entonces que Sam, ya nunca más quiso escribir.

Φ

ZAIDA RÍOS ORTEGA



(Guadalajara, Jalisco, 1981). Residente de La Paz BCS, desde 1996. Amante de la literatura y lectora empedernida. Estudió comunicación, pero su carácter creativo e imaginación inquieta la llevaron a incursionar en el mundo de la literatura desde temprana edad. Sin embargo, hasta el año 2018 toma su primer taller de narrativa. Luego de múltiples talleres, diplomados y seminarios, publica su primer cuento *Juego de niños* (México, 2021), con mención honorífica en la revista literaria *Semillas de sauce*. Posteriormente se unió a la comunidad de escritores, Búhos literarios, donde ha publicado diversos cuentos juveniles como: *Una apuesta con colmillos* (2021), *Misión Génesis* (2021), *La evolución de mi pie izquierdo* (2021), *Con antenas en la frente* (2021), *El paraíso tiene nombre*, *El chico que sabía volar* (2021) y *Los anillos de Saturno* (2021).

Huasca de Ocampo

LA LUZ de la antorcha iluminaba sólo la mitad de tú rostro, la mitad de tú sonrisa. Te divertías de lo lindo viendo a la pareja delante de nosotros, ellos no dejaban de quejarse del frío y se negaban a avanzar rápido. La mirada nerviosa los delataba, morían de miedo.

El guía contaba, de manera solapada, la historia del alma en pena que cada tanto se aparecía por las ruinas de la hacienda. El túnel se ensanchó y de pronto entramos a una cámara enorme, llena de arcos. El eco nos regresaba el sonido de nuestros pasos y nuestra risa.

Me aparté un poco del grupo que siguió avanzando, mientras nuestro guía hacía gala de su imaginación, ahora contaba la historia de la hija del conde y su amante. Disfrutaba de la completa oscuridad y del sonido del agua que corría sobre nosotros, cuando de pronto saliste de la nada y me tomaste por la cintura. La sorpresa me arrebató un grito que despertó a los murciélagos del techo. Los animalitos revolotearon, provocando un caos de antorchas, humo y turistas histéricas, que rogaban piedad al cielo.

Nos escondimos detrás de una columna, muertos de la risa, entonces me dijiste al oído: «Estaría padre casarnos aquí, ¿no?». El corazón me dio un brinco mortal en mi pecho y aterrizó con pompones de colores y el uniforme de las vaqueritas de Dallas. «Sí, estaría padre», dije en un susurro, luego me diste un beso rápido y agregaste: «¿Sí te quieres casar conmigo aquí, amorcita?». Yo respondí: «Sí».

Otro beso rápido selló el trato y corrimos para alcanzar el grupo. La débil luz de las antorchas ocultó las lágrimas en mis mejillas.

Villas de carbón, Estado de México

ESPERÉ semanas para hacer la pequeña maleta y poderte decir, «Déjalo todo mi amor, es nuestro aniversario».

Ansiaba respirar la libertad del campo, pero antes teníamos que cruzar la monstruosa ciudad, que se negaba a liberarnos del bullicio y la

interminable línea de vehículos que avanzaban a vuelta de rueda. Ya atardecía cuando dejamos la urbe, nos internamos en la montaña y la oscuridad nos envolvió. Complacida, comprobé que ninguno de nuestros teléfonos tenía recepción.

Un hombre bien abrigado esperaba al pie de nuestro refugio, nos dio la bienvenida y nos entregó una vela, un jabón chiquito y un rollo de papel higiénico. El sonido de la naturaleza nos envolvió y nos dedicamos a celebrar al ritmo de las cigarras y los grillos.

Ya bien entrada la madrugada, me despertaron las ganas de ir al baño. Te encontré enfurruñado, en un extremo de la cama, con un zapato en una mano y una almohada en la otra. «El techo está lleno de ratas, no he podido pegar el ojo en toda la noche», me dijiste y señalaste a un par de bribones, que, atraídos por el olor del queso y las galletas, se habían animado a bajar hasta la mesa.

«Son ratones de campo y no hacen nada», dije entre risas, pero tú respondiste: «Bueno, pues yo soy una rata de ciudad y no me gustan». Te miré conmovida y pensé: «Sí, tú eres una rata de ciudad y yo soy un ratón de campo. Por imposible que parezca, algunas cosas logran conciliarse a la perfección».

La Paz, BCS

MANEJAMOS dieciocho horas hasta llegar al recóndito puerto de Topolobampo.

Los paisajes cambiaron de manera abrupta conforme la geografía nos alejaba del lugar que por años llamamos hogar. Dijimos adiós y no volvimos nuestra mirada. Lo habíamos perdido todo, pero en la pérdida encontramos libertad.

La gente nos advirtió: «Será muy duro adaptarse, el clima los castigará». Los más entusiastas nos advirtieron sobre el viaje: «Deberían tomar un avión, cómo la gente normal». Pero la oportunidad de cruzar el país en auto fue más atractiva que el buen juicio. Además, no somos gente normal. Tan pronto estuvimos a bordo del ferry, cenamos y nos refugiamos en la

diminuta cabina. El trayecto pasó factura y cualquier plan romántico quedó postergado cuando nos rendimos al sueño sin cruzar palabra.

La mañana nos sorprendió en la costa de Pichilingue. Antes del desembarque subimos a cubierta y vimos el amanecer reflejado en las aguas azul turquesa del mar Bermejo. A lo lejos, las playas de arena blanca parecían un espejismo.

«¿Estás seguro de esto?, tal vez no te guste aquí», dije con un nudo en la garganta. Tú, arrugaste el ceño y replicaste: «Creciste aquí, ¿no?». «Sí, por eso lo digo, yo soy rata de campo y tú eres rata de ciudad, ¿recuerdas?», te respondí en tono de broma para ocultar mi preocupación.

A pesar del cansancio sonreíste, me diste un beso rápido y añadiste: «Nunca estuve más seguro de algo en toda mi vida».

Φ

Maya Cartonera – Ave Azul
JUAN PABLO ROCHIN



(La Paz, Baja California Sur, 1977). Lic. en Lengua y Literatura por la UABCS. Finalista del Segundo Premio Nacional de Novela Breve Roger de Conynck 2019. Premio San Carlos de Poesía 1 de junio Día de la Marina 2017; Premio Estatal de Poesía 2016; Premio Regional de Poesía del Noroeste 2015; Juegos Florales Nacionales de Poesía Carnaval La Paz 2013 y 2015; finalista del Premio Nacional de Poesía Mérida 2011; Premio Regional de Cuento del Noroeste 2007; Premio Estatal de Ensayo 2006; Premio Estatal de Cuento Todos Santos 2007, categoría libre; Premio Universitario de Cuento, 2003; Premio Universitario de Ensayo, 2003. Autor de una docena de libros. Editor independiente de VagaMundos.

Nos vamos

*Con todo respeto para nuestro amigo
y compañero de oficina Luis Montaña*

SOLOS Y sin alma en el cuerpo donde meter las penas
nos vamos alejando. Ayer nomás sonaba
el trino involuntario de tu risa que aún no cesa.

Hoy
sin horas ni días ni edades
sin cantos dentro de ti, el mundo loco, loco
avanza
a trompicones avanza desbocado
huérfanos de miradas unos de otros
nos quedamos
en el fondo de esta tarde herida de silencios
te esperamos.

Hemos pasado ya otro verano
montados en un bloque de hielo y transfiguros
desde entonces, lidiando contra el desmoronamiento
del hormiguero terrible que sin ti somos,
luchando contra las ausencias y el dominio incontrolado
de los nervios de estar vivos.

Nos vamos.
Atrás quedan las puertas que no cierran
sin inspirar ni un verso tan siquiera,
víctimas
del espasmo y la nostalgia del tiempo
fabulador de nuevos ruidos nos quedamos.
Nos quedamos
con toda nuestra miseria demolida
como mugre entremetida por los dedos
y un simple *hasta mañana* como si fuéramos turistas

que nada les importa
mucho menos la poesía.

De lo demás no me hago responsable

*Para América Pineda
y Ernesto Adams*

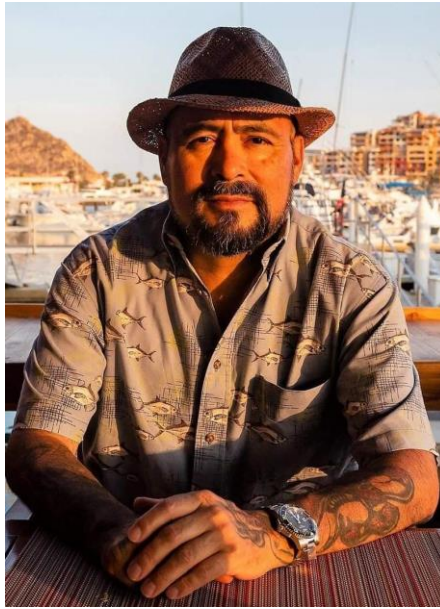
POR EL GUSTO de coincidir sonoramente
bajo el fuego del ágora a medio día
y un sol bruñido de palabras
como pájaros crepusculares
buscándose las sonrisas
con ganas de seguir sabrosamente
platicando,
pero el sudor y el destino implacable
de las certidumbres
de algún modo nos apura
a contemplar otros confines
rodeados cada uno de los suyos.

Un abrazo presuroso -aunque
ya no estén de moda- y muchas gracias
por dejarme esta sinceridad en el alma
y como expresiones estos versos que andan
todavía en busca de moradas.

De lo demás no me hago responsable.

Φ

MARCOS ROLDÁN



(1967). Ha vivido en Baja California Sur desde 1985, a donde llegó después de haber quemado sus naves con todo y aparejos, jarcias y velamen. Honra su existencia trabajando en el sector educativo, aunque sus incursiones en el bajo mundo, al amparo de negocios oscuros y de dudosa probidad enriquecen su visión y justifican cicatrices. Más que escribir pretende acomodar palabras para dar forma y cabida a sus observaciones, simplistas, sobre la compleja cotidianidad y sus habitantes. Desde siempre ha sentido fascinación por el mar y sus criaturas, desarrollando una obsesión malsana por las sirenas a quienes busca e intenta encontrar, con cola de pez o calzando brillantes y afilados tacones, en sus recorridos de marinero terrestre.

Cornamusa

—NO SOY perfecta —decías mientras afuera, en la acera, hombres, mujeres, niños y ancianos caminaban sobre la frescura que habían invocado toda la tarde.

Era de noche, pero la calle estaba saturada de quienes encerrados soportaron el calor, la canícula, el bochorno y la resolana. Transeúntes liberados hacia un malecón luminoso, festivo. Los barcos amarrados al muelle, inmóviles, afianzados. Cabos, nudos, cornamusas.

Y no importaba que lo fueras o no. Es más, no necesitabas decirlo: —Nadie es perfecto y “Nadie” no me importa, es más, ni lo conozco. Ni existe.

Olvidé lo que te contesté. Cierto es que sonreí para mis adentros y pensé en la cantidad de maniquís, de niñas lindas que van por la vida pretendiendo serlo. Me gustaste aún más, por honesta, por aterrizada, por la forma en que abriste los ojos cuando ese joven en bicicleta se atravesó rayando con su manubrio el cofre de tu carro nuevo —el que sustituyó al poderoso “Panther” que te llevaba y traía de sur a norte, de lunes a viernes, de mis brazos a los suyos—.

Un silencio siguió a tu declaración y lo aproveché para amarrar algunas palabras a mis intenciones, no tan buenas como el tequila que bebíamos, del “pico”, sin sal, ni limón y sin gestos. Reímos cuando te dije eras más brava que María Félix y tu retadora, contestaste: «Y más bonita». A la vanidad espontánea siguió otro silencio y me di cuenta de que realmente eras un poco menos que perfecta, pero eso sí, muy brava. Y muy flaca, y muy ajena.

Poco a poco, con las horas y las vueltas, gasolina y tequila se fueron acabando, las ideas desinflando y nuestras palabras se hicieron más escasas. Ambos sabíamos que llegaría el momento de parar el auto, apagarlo y despedirse con un beso escurrido de mejilla a boca —o por lo menos era lo que deseaba—. Y si el plan A fallaba, tal vez un lance kamikaze, tirándose a matar y pedir que siguiéramos dando vueltas, sobre la cama, embriagándonos más con aquel “licor” que en el ‘98 nos hizo besarnos por primera vez, cuando éramos condiscípulos y la arena el lienzo donde pintábamos amaneceres y ocasos compartidos.

Hoy, esa noche, no fuimos más. Recordar que desapareciste hace 20 años me paró en seco y cortante te dije “adiós, maneja con cuidado”. Salí hacia mi auto y no volví la espalda pues tenía miedo de que si me llamabas volviera a correr hacia ti para quitarte las llaves y llevarte a otra playa, a otra arena, a otro abrazo, a otro beso, a otra vuelta en el nudo de nuestra historia intermitente, irremediabilmente atado a ti, como mi barco a las cornamusas del muelle.

Bidi Bidi Bang Bang

LA PUERTA se cierra automáticamente atrapando el aire helado entre cuatro paredes vestidas, calzadas y ajuareadas. Huele a huevo podrido, también a abundancia y a colores chillantes.

Aun cuando la vida parece sonreírle en su rostro no se refleja tal efecto; hay fastidio en su mohín, frustración en el ceño y duda en la mirada. Es una de esas veces cuando el confort pesa, duele. Apesta.

—Las ventas no han estado bien. Ya te había dicho —remató con prisa su declaración. —Ya puse ofertas, anuncios, hasta *advertising* en la radio.

Silencio. El andar de la joven resonaba en el piso bruñido y hacía eco en la pequeña oficina. El hedor en la tienda las había hecho refugiarse en el despacho contiguo.

—Aquí están todas las *bills* y los *shipments*. También hablaron de la aduana por que los modelos para la siguiente temporada ya llegaron ¡*They're ready!*

Después de recorrer con la mirada lo que parecía suyo se plantó frente a ella, colocando ambas manos en su cintura, desafiante, encarando a quien seguía dando explicaciones no pedidas exclamó:

—¡Pues no sé qué vamos a hacer! O canto y bailo o vendo cosas... para eso estás tú, para eso y para atender el club de fans.

Quiso seguir, pero se dio cuenta que nada ganaría. Hablaba sola.

—*Send me everything to daddy's home.*

Pasos apresurados, puerta cerrando. Tacones bajando escaleras y de nuevo, el portazo que cancelaba cualquier oportunidad de diálogo.

—Pues no hay mucho que hacer. Ya tienes amor, fama, dinero, el éxito... ¿Qué podría hacerte falta? Oh... ¿Y si tú también?

En la radio, Classic Hits at KMXR, Ritchie Vallens requinteaba “La Bamba” pues aún en el más allá hay que mantenerse fiel a las raíces. En el aire, una peste que todo lo embarraba.

II

—Hi, dear. It’s me. Well, aquí tengo los papeles que me pediste para eso de los *taxes*... Si, pero no estoy en la oficina... Están destapando el drenaje del Wendy’s next door. I am at the Days Inn by the Boulevard, Navigation Boulevard. Room one five eight... meet me here, sweetheart.

III

No llegaron juntas, tampoco salieron así.

Primero ella tratando de escapar herida de muerte y con la mano en el pecho para atrapar los borbotones de sangre joven que manchaba su presente y el pavimento a su paso.

En la habitación se quedó la asistente. Muda, sin saber que hacer se sentó en la cama. Su mente era un remolino batiendo ideas, recuerdos y planes.

De pronto, abrió los ojos sobresaltada como si acabara de despertar, tomando conciencia del peso de la pistola y de sus actos, de lo que había hecho.

Antes de tomar las llaves y la bolsa se miró al espejo. Se retocó el maquillaje pensando en las fotos y el enlace en vivo para el noticiero del mediodía.

Mientras corría al estacionamiento volteó al lobby y escuchó gritos. A lo lejos ya se hacía sentir la presencia de las ambulancias... o de la policía.

Encendió el motor de la camioneta, con calma suicida cambió de primera a reversa y miró por el retrovisor girando la dirección para abandonar el cajón y enfilarse a la salida.

De frente ya bloqueaba el paso una patrulla y el tumulto en la recepción iba creciendo.

—Ella dijo que hiciera algo. No podrá quejarse, le di lo único que hacía falta. ¡I made her immortal!

Φ

ANGÉLICA ROMERO VÁZQUEZ



(Ciudad Constitución, Baja California Sur). Docente y encargada de la biblioteca del CECYT 08 La Paz. Se encarga de círculos y talleres de promoción de la lectura para niños y jóvenes. Es promotora cultural enfocada a los juegos, tradiciones y lectura. Participa en cineclub Vagamundos; Luciérnagas Literarias y Taller de Lectura Colibrí. Elaboración materiales audiovisuales de fomento a la lectura con el proyecto “Mi Club Virtual de Lectura”. Responsable de la “Sala de Lectura Colibrí BCS” dedicada a jóvenes, así como de la página en Facebook con el mismo nombre. Ha publicado algunos de sus cuentos en revistas como *Análisis* de BCS y *Magazine*. Tiene publicado el cuadernillo *Sin ti, yo no*. Actualmente está en proceso de edición su primer libro de cuentos.

La tumba abierta

—A LA UNA... a las dos... a las tres... y a laaasss... ¡diez! ¡Ya voy! ¡Un dos tres por Juanito, que está sacando la cabeza detrás del ángel de aquella tumba! ¡Pedro, alto ahí, ya te vi corriendo hacia la pileta de agua! Pero ¿dónde está Miguel? ¡Migueeel, Migueeel! ¡Ese muchacho tramposo, seguro corrió tras las faldas de mi nana y me va a decir que ya no juega! ¡Migueeeeeel, veeen, encontré una tumba abierta, y creo que se ve el muerto! ¡Migueeeeeel!

—¡No grites Chabelita! Vas a despertar a los muertos de aquí del panteón y nos van a jalar las patas en la noche, ¡buuaaaa!

—No seas llorón Juanito, que me vas a hacer chillar también. Además, mi mamá dice que el diablo sólo se les aparece a los niños que se portan mal. Y por si no lo sabías, yo tengo un ángel de la guarda que me regaló mi tía Julieta para que me cuide, ¡eeeh!

—Eso te dicen para que no lloriquees. Mi papá me dijo que en la noche vienen los muertos y si te portas mal te llevan al panteón.

—¡Ja, ja! ¡Sí, cómo no, chuchito y tus calzones! Eso te dicen a ti porque te portas re'mal, a la maestra le sacas canas verdes y a mí me cortaste el pelo el otro día, ¡por eso no te regresé tus canicas!

—¿Ves, Chabelita, ¡cómo eres! Siempre echándome la culpa. Todo yo, todo yo. Si me porto re'bien, pero a veces no me entienden. Acuérdate que tú y yo somos amigos ¿verdad?

—Mejor ayúdame a encontrar a Miguel porque se está haciendo guaje y quiero ir a ver las tumbas viejas, a ver si encontramos la que está abierta.

—Míralo Chabelita, está ahí, cerca de la tumba grande. Grítale para que podamos ir adonde dijiste.

—Ya te vi, Miguelito, y ahora sí que ni corras, porque por fin te encontré. Eres más difícil de ver que nada.

—No'mbre, es que mi tata me mandó a traer agua de la pileta, pero como no había, tuve que ir hasta la barda que está del otro lado del panteón a buscarla, y por eso me tardé. Pero descubrí algo muy importante, me dijeron que hay una tumba abierta, por allá, en las tumbas del fondo. ¿Vamos?

—Bueno, vieja el que llegue al final. Corran, porque yo ya voy adelante.

—Eso es trampa, no se vale. Tú eres la más rápida de los tres, apenas te veo.

—¡Changos, vieron eso! Ahí está la tumba que me dijeron, y de verdad está abierta. ¡Ay, mamacita! Creo que algo se ve... algo se mueve dentro.

—Tírale una piedra para ver si se mueve el muertito.

—Si se mueve salimos corriendo. A la una... a las dos... y a laaas... tres. Cien puntos si le das en la cabeza.

—Alto. Esperen, ¿no escuchan? “¡Ay... Aaay... Ay!” Los tres niños corrieron despavoridos hasta llegar a la puerta de panteón de los San Juanes.

—Ves, Chabelita, te lo dije. Mi papá tenía razón, por poquito nos atrapa el muertito.

—Ja, ja, ja, que muerto ni que ocho cuartos. Era el borrachito de don Sebastián, al que le dicen el “Sebaslitro”, se quedó dormido adentro de la tumba y con la pedrada que le dimos se levantó.

—Yo ya sabía, sólo estaba probándolos. Bueno, ahora sí, cada quien a su tumba porque hoy nos vienen a visitar.

Capercitas que dependen demasiado del lobo

A MELINA siempre le han gustado los hombres equivocados. La culpa no tal vez no sea del todo de ella, sino quizá a causa de que no puede predecir el futuro de sus relaciones. Cada que cambia de pareja se tiñe el pelo. Así es como identificamos que se renueva. Es como su ceremonia infinita para cambiar de vida. Para destantear al destino. Aunque su cabello ondula brillante bajo el sol, su corazón traqueteado es una lástima de escenario. Claro que entiendo cómo su capilaridad aguanta tanto químico, pues en el fondo anda en busca de mejoras de look y soportes existenciales. Era principios de marzo de 2017 cuando la vi pintada de rojo sangre. Melina gusta ataviarse de acuerdo con los climas y a las modas, siguiendo el patrón de su nuevo cabello. Ahora parecía una princesa *dark*.

Era mi amiga *sin pena*. Nada más yo le decía así y no sé por qué me soportaba.

«Maestra Melina —me dirigí a ella—, ¡qué guapa se ve con ese tinte! ¡Se me figura una caperuza!»

«¡Es para atrapar mejor a otro lobo!», se rio. Yo admiraba su mirada pacifista, su justicia laboral, su serenidad para lidiar con los acosos de algunos profesores jóvenes, y sus apasionados romances. Aunque tenía independencia familiar, era una madre luchona, terapeuta infantil por inclinación y artista de manos afectivas. Todo lo que, me parece, valía la pena para que los hombres se fijaran en ella.

El defecto más notorio de Melina era que siempre se obsesionaba por mujeriegos y alcohólicos. Cuando sufría de más, todos en la escuela, maestros y alumnos, se enteraban de su situación.

«Necesito un hombre que me controle, que me domine, si no, no sirve», me confesaba en ocasiones en la sala de maestros o en la biblioteca. «Mentiría si afirmara que los he amado alguna vez. Pero puedo elegir, ¡y me encantan los de barba cuadrada! ¡Que me hagan reír en el parque! ¡Los de guiños infantiles, pero lobos de presa en la cama! ¡Me gustan los que traen lentes porque parecen intelectuales! Ummm, ¡chequetetos! Mala suerte la mía, siempre me llegan todo lo contrario. Necesito ayuda, maestra.»

«Ahora que lo menciona —dije—, me he dado cuenta de que Sarco se fija mucho en usted, maestra. La espera cuando va a salir de clases y le abre atento el portón de la escuela con tremenda sonrisa. ¡Platica mucho de usted en la cafetería y en los pasillos! ¡La pone ante los alumnos como ejemplo a seguir! Justo ayer le oí decir: “se va por la sombrita, maestra Melina. Qué Dios me la cuide”. Sonó muy extraño ese “me” y hasta se sonrojó. Quizá podría usted darle una oportunidad...»

«Ay, maestra —frunció la nariz amargamente Melina—. No es mi tipo, ¿se da cuenta? No porque sea intendente, cuida mucho su imagen y evita andar sucio todo el día. Mas no lo quiero como pareja. No me atrae. Es tierno, pero muy sin chiste. Confiado, saludador, se peina a veces, pero no, no, no. Sarco es sólo un compañero de trabajo y nada más. No es ni siquiera mi amigo. Yo prefiero lo excitante, las aventuras, viajar, andar de antro en antro, las pláticas educadas y correctas. ¡Me gustan los guapos

rudotes, pelo en pecho, que huelan a lobos, hambrientos y siempre en celo! Sé que no soy una mujer estable. No me da pena reconocerlo. Peleo por todo. Por la pasta de dientes, por quién debe lavar los platos. Porque dejen abierta la puerta de la alacena porque se meten las moscas. Soy una cabrita bien hecha que tira al monte... ¡Nací salvaje, ni modo! Por eso dependo siempre del novio equivocado que me hale las riendas», dijo finalmente y onduló su melena como caperuza al aire, lista a salir en busca del siguiente lobo al acecho.

Como toda mujer, Melina tenía sus debilidades. Pero de eso no tiene la culpa.

Φ

VIANEY RUELAS VELÁZQUEZ



(Los Mochis, Sinaloa, 1985). Estudió la Licenciatura en Lengua y Literatura en la Universidad Autónoma de Baja California Sur, así como la Maestría en Investigación Histórico-Literaria por la misma casa de estudios. Actualmente es profesora por asignatura en las licenciaturas de Lengua y Literatura e Historia de su alma máter. Ha publicado en algunas revistas impresas y digitales de su ciudad y ha sido compilada en las antologías *A sus libertades alas* (2007) y *Nueva cartografía poética de Baja California Sur* (2017).

Desde el faro

AL DESPERTAR Carola sintió un humo que entraba por la ventana, del que adivinó leña de mezquite y carrizo calcinado. En vacaciones se levantaba de un salto y bajaba la vereda hasta el estero, intentando atrapar el primer deslumbramiento naranja antes de que tomara por sitio el reflejo del agua. Solo que esta mañana no entendía cuándo la madrugada, prometedora y fresca, se había convertido en una ventana desgreñada que le quemaba los cachetes.

Se levantó descalza para ir a la cocina por inercia. Su madre se inclinaba hacia la estufa para colar el café. ¿No la esperaban ya en el centro médico del pueblo? Se preguntó Carola antes de servirse un vaso de agua fría. Disfrutando por la ventana el día que comenzaba sin novedades, buscó el humo que la despertara momentos antes, pero no lo miró. “¿Quién estará quemando basura?” “Con que no arrecie el viento, porque ya sabrás.” “Será que quemaron de madrugada, no veo nada.” “Tal vez” “O hay que ver por dónde es, puede que sea cerca y que apenas comience.” “¡Pero no te vayas!”

Bajó de lado el camino hacia el palmar, con una correría que era casi brinco, inclinándose más allá del caserío y siguiendo otra vereda vieja y salitrosa, que en nada había cambiado desde que tuvo la fiebre de andar sin permiso en su bicicleta. Los carros salían a lo lejos a vender la pesca. A ella siempre le gustó ir por el costado solitario, entre cadáveres de hojas de palma y sobre un suelo que se pegaba a los pies y, cual sandalias, le acompañaba durante el recorrido. En esa mañana estival el clima fatigaba más que la distancia, pero al ver el agua reposando frente a ella, sentía la recompensa del aire colmado de ese olor de los mangles parados en las puntas de los dedos. Arriba en sus columnas, las palmas susurraban.

Ya en la orilla del estero se sentó en la piedra para remojar los pies, una costra enorme de salitre se desprendió de ellos y se disolvió en el agua todavía transparente. Sintió la fresca cubrirle los tobillos, movió los pies en un reflejo infantil del que se dio cuenta demasiado tarde. Sonrió. Volteó a la choza y miró a su madre en la ventana con el rostro hacia el faro, le molestó ver que seguro la buscaba. Una multitud de cangrejos ya comenzaba a rodearla. “Me voy, cuando llegue arriba le gritaré” pensó.

Emprendió la subida hasta vencer la cima del faro sin cansancio. Ya en la cumbre, buscó el humo que se alzaba a lo lejos, lo descubrió apenas detrás del cerro mayor, era explicable por qué no se divisaba desde la ventana de la casa.

Una lancha salía tarde hacia la bahía, venía del estero y había dejado en el medio un camino de espuma blanca por donde había pasado apenas. Medio cuerpo asomó Carola por la baranda para ver la lancha pasar, pero sin comprenderlo, un vértigo repentino le llenó el cuerpo de un vahído que la dejó sin grito y una colonia nítida de erizos que recibían el sol, la acogía. Antes de sumergirse pudo ver arriba la casa solitaria, en la ventana su madre miraba hacia la columna de humo, ya evidente.

Espíritu del desierto

EN EL SEGUNDO año de la facultad me fui a vivir a la casa de una amiga de mi madre, pues ella no llegaría a vivir a la ciudad sino hasta tres años después. Fue muy emocionante mudarme con Marcela porque la casa era completamente nueva, todavía podía olerse la pintura, la madera de las puertas y se sentía bien ir completando la casa cada fin de semana. Macela tenía dos niñas pequeñas a las que yo llevaba al jardín de niños por las mañanas. En algunas ocasiones yo invitaba a una amiga mía para estudiar y dormir juntas, y era fascinante para mí cocinar recetas que les pedía a mis tías o a mi madre por teléfono y compartirlas con Marcela, sus niñas o mis amigas.

Debo decir que apenas habíamos llegado en la primera etapa de construcción de aquella colonia y era bastante solitaria, muchas casas se encontraban vacías aún, nada alrededor de nuestra colonia había sido urbanizado y el transporte público pasaba por ahí no menos de cada hora. Yo entraba a clases a las cinco de la tarde y regresaba siempre después de las diez de la noche, dependiendo de la ruta. Algunas veces debía bajarme del camión afuera de la colonia, a un lado de la carretera, pues los choferes no consideraban conveniente entrar sólo por uno o dos pasajeros, pero yo tenía buena condición y corría sin pensar en nada hasta la casa, alrededor de cinco minutos. En una ocasión tomé el autobús un poco más tarde, al

llegar a la entrada del barrio bajé y como era la costumbre calenté rápidamente mis tobillos para correr en línea recta un trozo de monte que atravesaba un canal; por esa parte iba cuando escuché unas voces que no me detuve a aclarar. Seguí corriendo, solo que al subir la pared inclinada del canal me fue más difícil seguir el ritmo, me flaquearon las piernas y tuve que voltear para atrás y mirar si es que había algo. Y sí. Una sombra que hablaba extraño me llamaba, más no avanzaba ni parecía acosarme, cosa rara que me causó más miedo que si me hubiera perseguido. Las palabras dichas por la sombra, además de ajenas a mi lengua, se pronunciaban de una específica manera, haciendo más énfasis en las consonantes mientras que las vocales eran casi inaudibles. Mis piernas reaccionaron y subí por completo el canal. Lo que estaba abajo seguía sin moverse, pero de igual manera seguía hablando muy tranquilamente.

Corrí como pude, llegué a nuestra cuadra. Recuerdo que la casa estaba a oscuras, no había nadie, extrañé como nunca ser recibida por las niñas, pero entré a mi cuarto sin prender la luz y hasta me puse debajo de la ventana, me acosté en ese mismo lugar y con la ropa que traía. Me quedé dormida por algunas horas, me levanté al baño ya sin angustia y al prender la luz encontré un recado de Marcela que me avisaba haber ido de campamento con su familia, que no me invitaba porque sabía que tenía mi servicio social el fin de semana. Era cierto. Esa nota me volvió a la realidad, busqué en el refri el helado que siempre había y prendí la tele, ya solo había noticias, ventas y otros programas de poco interés, curiosamente tampoco había fiestas en los patios vecinos, así que al darme cuenta que estaba sola en la cuadra, recordé la voz de hacía unas horas. La sugestión pareció dominarme de una manera total, tanto que de pronto la voz otra vez sonaba, pero no era un murmullo, sino una voz alta que eran perfectamente audibles las consonantes. Ser conciente de esa particularidad de aquella lengua me paralizó, hasta finalmente escuchar con esa misma voz y en un accidentado español: “No temas, has sido protegida” y se calló. La televisión seguía prendida pero sin volumen. Sin alistarme fui directamente a mi cama y contrario a lo que había pensado, dormí sin novedades extraordinarias. Al día siguiente supe que mi barrio había sido refugio de una pareja de asesinos, los encontraron vencidos en la madrugada en el montecito que comenzaba detrás de mi ventana. Φ

NORA SOTO



(San Juanico, Baja Caja California Sur). Se considera una mujer polifacética, escritora, maestra de artes plásticas y promotora de lectura. Autora de los libros *El último crimen*, *Relatos de muerte* y *Atrapados*. Coordinadora y editora de cuatro antologías con jóvenes de secundaria y una antología con niños de primaria. Editora de dos comics artesanales con niños de preescolar y primaria. Ha participado en encuentros literarios nacionales e internacionales, sus textos se han publicado en antologías locales, nacionales e internacionales. Funge como tesorera en la Asociación de escritores sudcalifornianos.

Jazmines

VISITAR EL rancho de los abuelos era como entrar a un mundo mágico. La abuela me decía que, bajo el vestido, usara un pantalón ligero, por si me caía del columpio o por si me tumbaba Simón, el burro.

En las mañanas, cuando el sol asomaba su frente entre los cerros, la acompañaba al leñero y le ayudaba a recoger la leña que el abuelo ya había cortado antes de ir a la ordeña.

La leche hervía en una olla tiznada. Párate frente a la hornilla, decía. Hay que calentarse el cuerpo para que baje la creatividad del cerebro hasta las manos. Luego dibujábamos paisajes en el suelo del corredor sobre la tierra esponjada.

—¿A qué huelen tus brazos, abuela?

—A perfume de jazmín ¡Vamos!, voy a mostrarte.

En su habitación de trabajo, tenía diversas botellas recicladas, todas con diferentes perfumes. Después de descubrir su nuevo aroma, me compartió su secreto. Mi abuela cortaba los pétalos de jazmín, los machacaba en el molcajete; después los metía en una botella esterilizada, mitad de agua y mitad de alcohol; les añadía una cucharadita de ralladura de limón y otra de menta fresca muy limpia; cerraba el recipiente herméticamente y lo dejaba fermentar de tres a cuatro semanas para utilizarlo en alguna ocasión especial.

Del miedo también se aprende

LA FAMILIA Soto Orantes estaba conformada por diez integrantes: Seis niñas, dos varones y los padres. Don Nacho Soto y doña Lupita Orantes de Soto, radicaban en el puerto minero de Santa Rosalía, Baja California Sur.

El verano empezaba y cada vez parecía que era más caliente. Las casas de madera importada se tornaban un tanto frescas en el interior, pero sólo en las madrugadas; en los otros momentos se sentían como hornos.

Don Nacho era el policía del pueblo durante el día, por las noches minero. El hombre tenía muy pocas horas de descanso, pero como tenían tantos hijos, había que trabajar el doble. Doña Lupita lavaba y planchaba ropa ajena, así aportaba un poco a la economía de la casa. Se podía decir que eran de bajos recursos, pues en ocasiones, las niñas más grandes tenían que trabajar, hacían mandados a las vecinas para ganarse unos centavos.

Un día doña Lupita calló en cama, triste, sin fuerzas y angustiada. Cáncer de cuello uterino ya avanzado, fue el diagnóstico. En menos de veinte soles las frustraciones empezaron y la revolución se puso a la orden del día.

Su anemia aguda y las consecuencias inmediatas de la enfermedad, la hicieron lastimosamente dependiente. Don Nacho tuvo que pedir permiso en la comisaría para atender a su mujer por las mañanas. Las niñas más grandes salían a trabajar y faltaban a la escuela. Los médicos ya les habían informado que no había nada por hacer.

Las tres niñas pequeñas, además de traviesas eran peleonas. No se estaban quietas ni un instante y era difícil lidiar con ellas. Había noches en las que nadie podía dormir porque hacían tremendo alboroto; se jaloneaban de los cabellos, se mordían y se pellizcaban. Su madre débil las observaba desde su habitación y postrada en la cama les advertía con una frase que pretendía ser contundente: Si continúan con esas peleas les va a salir el diablo.

En la casa siempre se escuchaban voces y llantos de niños entre las paredes, pero las niñas nunca prestaban importancia a los sucesos. Ni una historia de fantasmas que les contara su padre lograba asustarlas.

Una de esas noches espesas cuando el calor sofocaba más, las niñas no dejaban de pelear. La madre desesperada les pidió que abrieran la puerta que daba al jardín, la que nunca se abría. Les ordenó que tendieran una colchoneta sobre la duela y se pusieran a contar las estrellas. Las tres hermanas, cumpliendo la orden de la madre, se recostaron justo en la entrada para admirar el cielo.

La calma les duró muy poco, la más pequeña inició la pelea armando un tremendo bullicio. Doña Lupita les advirtió de nuevo: «Síganle, síganle peleando y van a ver que ahorita les va a salir el diablo y se las llevará».

Las niñas se rieron contestando al mismo tiempo, ¡el diablo no existe!, ¡el diablo no existe! Eso espero, les contestó la madre enferma.

Justo en el momento en que las palabras de la cansada mujer se esfumaran, las niñas escucharon un ruido que provenía de una caja vieja que se encontraba en el jardín; era un tipo de baúl donde su padre guardaba algunas herramientas para el trabajo. Asustada, la hermana mayor gritó: «¡El diablo, el diablo!». Enseguida, las tres enmudecieron al ver a un enorme perro negro que salía de la caja. Tenía una lengua larga de color rojo brillante, unos ojos de fuego que producían chispas, unas patas anchas con las garras plateadas y una cola gruesa y larga. Según los cálculos de la hermana mayor, la cola podría medir hasta metro y medio. Al ver a semejante animal, las niñas también palidecieron. Sudorosas, temblando de miedo y sollozando, se observaron, se tomaron de las manos y corrieron hasta su habitación.

Al día siguiente cuando despertaron ya eran otras. Tomadas de las manos como buenas hermanas, fueron a darles los buenos días a mamá y a papá que ya había llegado de la mina. Prepararon el desayuno para toda la familia e hicieron la limpieza. De ahí en adelante, los días transcurrieron en completa paz. Lamentablemente doña Lupita murió al poco tiempo. Las niñas olvidaron para siempre las peleas. Afortunadamente las tres hermanas siguen vivas y han permanecido unidas.

Hoy en día, después de setenta años, Enriqueta, Ofelia y Rosalía dicen ser las tres mosqueteras.

Φ

ANTONIO SUSARREY GALINDO



(1990). Hasta el momento tiene publicados los poemarios: *Los espejos no vaticinan* y *Entre la eternidad y el origen*, en formato digital en plataforma Amazon. Además, continúa en curso la publicación de *La suerte ha muerto* (Paquidermo).

El asesino de las fechas

ME ENORGULLECERÍA decir que nunca tuvimos entre la familia un integrante asesino. Aunque últimamente parece, insistir en ello sería errar, si por las condiciones que he estudiado, respecto a las muertes últimas de parientes relativamente accesibles a mi círculo vivencial, el tiempo adjudicado a cada fatal evento, cobra y obra con intervalos de extraordinaria precisión.

Fue oportuna mi observación de que todos fallecen 304 días después de sus cumpleaños, a las 19 horas, con 45 minutos.

Entonces, rechazo la coincidencia, infiero la ejecución de un albedrío, por siniestro que éste se impulse. Y es que no puedo dar a la aleatoriedad un visto bueno, de un poder que fuera tan restrictivo con las propias variantes que tendría para desencadenar ciertas inminencias.

Es decir, que tenemos todo el tiempo y manera del mundo para morir... ¿pero hacerlo de acuerdo con un patrón, con base en información tan relevante para la familia? Sí, es un criminal, conjeturo, y que debe pertenecer a la familia, y tener la finalidad de angustiarnos con una sublevación para la cual no desea seguidores. No se programaría como lo hace si no lo entendiéramos como un juego donde las reglas le dan poder, porque él las crea.

Por orden cronológico la víctima siguiente es mi padre. Cumplió 80 hace 304 días, y solo esto esperé que concluyera para trasladarlo a un asilo, donde quizá esté libre de peligro y envuelto en atenciones que, por una enfermedad que padezco, se me dificulta darle.

Hoy en el firmamento no son muchas las estrellas desde mi casa apreciables, y el volumen de las noticias es el adecuado para susurrarle a un cadáver futuro, uno no como el suyo, como el mío.

Emiten un informe extemporáneo, dando preámbulo a la novedad de que el asesino de la familia existe, pero fue abatido. A mi padre llama por teléfono, dice estar bien. Le contesto que lo visitaré, pronto.

Las nubes tornan tenebroso el cielo. Descubro, mientras temo afuera por una tormenta, que mi fecha de nacimiento, 30 de abril de 1945, son los dígitos mismos que determinan el intervalo entre un crimen y otro. Día 30

del mes 4, júntese y será el 304 de los días consecuentes. Y las 19:45, configuran el año que nací, que me acogió este modelo de existencia.

Yo no sé pensar en los zapatos de un profeta corrupto, que amenaza indirectamente y desde el matemático silencio de las fechas, pero según intuyo, ese ciclo de asesinatos lo hubiese cerrado conmigo, ¿o, por qué no conjeturar que soy yo, al final, el elemento de su consumación, si la razón, o debería decir el éxtasis frío del asesino, implicó designar ese intervalo tan asociado con mis datos?

Mientras el viento nocturno, creciente, parece buscar masoquistas, y hallarlos como árboles descaradamente medidos en el patio, la devastación de la soledad me pesa.

Recuerdo a escasos parientes cuya vida no se extendió más allá de los 304 días después de su cumpleaños. Cuya muerte se debiera a causa distinta a ser alcanzados por el asesino.

De la rama de mi padre, por ejemplo, sucumbían a la sobredosis para combatir conflictos psicológicos, lo que hizo que enderezarse sobre la línea de la realidad pareciera tan difícil como mover a la luna de su sitio. Algo más que el color de los ojos, se heredaban el mismo caleidoscopio de rizomas del infierno con qué ver. Esa esquizofrenia, además, desmontaba los ánimos siempre del pariente a quien le correspondía cargar con la sensatez, vista como una fuerza cada vez más extraña y, por socavarse, no de fiar.

De la rama de mi madre, el órgano del mal congénito al cual puedo referirme es el corazón. Por eso siempre sobraba quien lo maldijera. A veces se decía que hubiera ayudado un poco más a la esperanza de las nuevas generaciones, que sus antecesores hayan perecido por otra causa, que así al menos no vivirían con la tensión de estar condenados a ese singular fin.

El asesino coincidió con dicho pensamiento. Y, mientras toda la luz en mi casa, ya quizá por el empeorado clima, parpadeaba con languidez, en el reporte apareció una cita suya:

"Mis actos fueron en beneficio de la familia. Ustedes tendrían que haber pertenecido a ella para llegar a una solución como la que yo por desgracia encontré. Porque sí es una desgracia, saber que uno tiene que

ocuparse en emular un poco de justicia divina; uno zambulle su reputación en una cloaca mientras lo consigue. Pero el amor se me convertiría en negligencia si les permito reflejar entre ellos el cascarón y turbulencia adentro de sí mismos. Ninguno de los míos tiene una salud que augure lo contrario. Estoy seguro de que ya han vivido el mejor escenario de sus vidas de acuerdo con sus posibilidades, por eso, a partir de ahí, recojo lo que no querrán ver hundirse en las frazadas de una muerte sedada, por un lado, o la instantánea sensación límite de un colapso por el otro. Ya no lamentarían la vida perdida por un artefacto interior, que viola a la armonía con su empecinado desperfecto. Si hay una razón para sentir arrepentimiento, es haberles perdonado el tiempo a quienes les dejé pasar".

Se va la luz. Un sonido de gotas pesadas topa con la ventana, el que antes no noté por estar atento al informe. Los árboles, curvos se mantienen, el viento rodea la casa con su bulla inmensa.

Una figura, como la sombra del asesino de las fechas, no esquiva mis ojos, allá, por el montículo de mi hojarasca. Las noticias creyeron calmarlo todo, pues sin familia el asesino descansaría, pero las noticias se olvidaron de mí, aquí aún puede haber una nota más que con sangre acentúe.

Y no son a partir de mi cumpleaños los 304 días, pero en un plan retorcido, si me mata y esta noche llama a mi padre... eso a su edad lo infartaría. Emerjo con una pala para blandirla sobre la figura, y es, de un mal podado pino junto a la hojarasca, una pareidolia que me ridiculiza.

Si hay una razón para no confirmar nunca mi propia demencia, es que un rayo aterriza *ipso facto* sobre mi pala.

Tour de labios

ÚNICAMENTE entre ellos dos sabían su verdad macabra. El hombre y la mujer, cosmopolitas, precisaban acudir a los restaurantes más lujosos que recomendaran.

Pero el gusto superior del hombre era contemplar a la mujer con un intenso labial en la boca. Insólito labial, porque era la sangre untada de las víctimas del hombre, conforme transitaban países.

Asesino con un extravagante morbo, abría con aterradora normalidad las conversaciones, como con un alma de amnesia a corto plazo. Y, sin embargo, todo lo recordaba, como si la frialdad simplemente un atributo.

Sería hallado muerto, cercenado al interior de la maleta olvidada en un aeropuerto de Milán. La investigación arrojó que, para ese día, ambos reservaron un boleto rumbo a México.

País donde rumoran se le vio a la mujer comiendo sola en una fonda, a lo que nadie daba crédito pues ella no lucía maquillaje en ese lugar, y nadie pensó que habría una vez en que se le mirara con tal modestia facial.

—¿Es usted la mujer...? Preguntó la mesera que recogió su plato, e interrumpida, pues, la mujer anticipándose, sobrepuso el tema de las estadísticas de mortandad por accidentes de aviones. Aunque finalmente con decencia respondió:

—Sí. Aquí como tal me ves, muchacha. Soy la estrella de las revistas que algunos prefieren ver en lugar de sus anuarios de escuela. Pero, oye, ¿cuánto cuesta tu labial?

—Menos que su último plato en Francia. Le aseguro que menos que su último plato. Oiga, antes que se vaya, lamento la muerte de su compañero de viaje. Dicen que era perseguido, y fue en venganza por un crimen de un viaje de tantos. Sé que su tristeza no se compara con la de sus fanáticos.

La mujer se levantó, con una sonrisa tan sincera que podía perpetuarla en la memoria de la muchacha. Y diciéndole:

—Cuando el gozo del último plato, sientas que no se compare con una vida sin labial, piénsalo, que puede haber demonios pendientes, a los cuales repartir sus pasajes a otro mundo. Come en la mesa con ellos y morirás. O resuélvelo y vivirás un poco.

Antes de irse le dio un guiño y le extendió una amable propina.

Φ

BERTHA SALAICES POLANCO



(Galeana, Chihuahua; Valle de Santo Domingo, BCS. Desde 1963). Estudió Comercio en el único colegio que existía, luego secundaria nocturna, preparatoria, nivelación pedagógica, normal superior y muchos otros cursos para enfrentar la noble labor de profesora. En julio de 2011 la invitan como promotora en Salas de Lecturas, gracias al acervo proporcionado por Cultura Estatal y al Diplomado para la Profesionalización de Mediadores de Lectura. Participó como “cuenta cuentos”, actividad que se ha llevado a escuelas, parques y eventos especiales.

Fobia

HOY POR la mañana, al abrir la ventana de mi cuarto, entró una rica brisa otoñal. Tenía días sin salir, sin ver este esplendoroso sol que a diario nos acompaña. Mi estado de salud es estable, mi ánimo se acrecienta a pesar de todo. «Esto no es grave», pensaba. «Ya va pasando.» Ensimismada en mis cavilaciones, a lo lejos alcancé a apreciar cómo se movía un pequeño bulto negro, de esos que no puedes distinguir a simple vista.

No me causo temor, pero sí desasosiego por no saber qué era lo que se estaba desplazando. Seguí mirando de reojo cuando sin previo aviso el bulto negro se posó de pronto sobre mis pies. Entonces se me subió la presión, el azúcar y todo lo demás.

Un monstruo aterciopelado se balanceaba de un lado a otro. Claramente vi en su cara una expresión que me pareció de risa o de burla. Me causó pavor.

Me siguió mirando como queriendo entablar una conversación. Mi estómago que estaba a punto de devolverlo todo me decía que me calmara que no era más que un animal inofensivo de esos de habitan entre nosotros. No realicé movimiento alguno de más, e intenté con todas mis fuerzas poder socializar con aquella criatura. Ahora que hago memoria bien, desde pequeña me sigue a donde voy. Como queriendo exterminarme. ¡O tal vez platicar!

Luego de unos minutos aquel terror fue cediendo, poco a poco, mientras él monstruito se paseaba de aquí para allá con toda la tranquilidad del mundo, como esperando de mí contestación.

Volví a mi lugar. ¡Cuál fue mi sorpresa! Sentado a un lado mío estaba aquel horrendo animal sonriéndome. ¡Sí! ¡Sonriéndome! ¡Les juro que reía!

Mi repulsión volvió a florecer. Me temblaron tanto las piernas que me caí.

Nadie fue a mi auxilio. Pasó el tiempo y no me buscaron. Me sentí sola, sola, en medio de este mundo en el que parece que nadie sabe que existes, sólo la pequeña criatura y yo. De nada más verla se me erizan los cabellos.

No sé si estaba soñando o desmayada, el caso es que el animal se fue acercando a mi oído, hasta murmurarme:

—No tengas miedo. Sólo soy tu conciencia, y la encuentro tranquila. ¿A qué le temes? No eres más que un ser igual que yo, dentro de este planeta. Vive tranquila los días que te quedan. ¡Disfruta, ama, quiere, cuenta cuentos!

Al momento volví a la realidad. Ya no estaba esa horrible criatura que me causó tanto pánico.

Más tarde, durante el almuerzo, dijo mi hija:

—En la puerta de la cocina vi un ratón.

Me pregunte, ¿acaso será cierto lo que me pasó?

El asunto es que tal parece que conviví con uno de ellos, un rodeador. No sé si sean parte de una familia de ratones que han llegado a mi casa, porque este clima los atrae. Por lo pronto no quiero bajarme de mi cama. Sigo acá, acrecentando esta fobia contra esos animales, en espera de que alguien por fin me ayude.

Juan Camaney

ESTA TARDE me sentí algo incómoda. Mi amiga me dijo: «yo no soy como Juan Camaney», pero lo hizo con sorna, dirigiéndose a la vez a una persona por nosotras conocido.

Dado que el personaje por ella mencionado escapaba a mi memoria, me puse a investigar y encontré lo siguiente: «El que se cree galán, buscapleitos, pero que siempre termina abandonado por sus novias o metido en un embrollo. Cuando alguien te llame así, significa que estás exagerando».

¿Profundicé en mi investigación? No lo creo.

No instantes, hice la comparación de lo investigado con la persona por mi amiga referida. Nuestro conocido, el de la esquina, es un hombre siempre atento, trabajador, limpio, es alguien que busca ayudar al prójimo, un buen conversador, y se gana su dinerito con todo su esfuerzo. Lo recuerdo de chamaco, de joven. Vendía chiles, hot-dogs, ropa de segunda, sin dejar nunca de estudiar, porque trabajaba y estudiaba. Así hizo la

secundaria, la prepa, su nivelación pedagógica, de ahí le brincó a la Normal Superior, siguió tomando cursos y cuantos diplomados habidos y por haber, para seguir instruyéndose. Siempre con un libro en la mano y con el trabajo en la otra.

Luego entonces, «Don Juan Camaney», como lo nombró mi amiga, para nada coincide con el que yo he descrito. Aquí es donde difiero de las percepciones de los seres humanos hacia otros.

Mis respetos para los Juan Camaney que no están en la mente de mi amiga, sino en las personas que piensan, actúan y son justas.

Saludos y enhorabuenas para todos.

Φ

LLUVIA WALKINSHAW



Lluvia Areli Walkinshaw Astorga, 29 años, caótica. Egresada de la Universidad Autónoma de Baja California Sur. Docente, amante del terror y la ciencia ficción. Autora de *Mi abuelo es un vampiro*. Becaria interfaz, promotora de lectura. Ha participado en diversos encuentros culturales y presentaciones de libros. Morbosa e insana, pasa los días maullando.

Coraje

EN MEDIO del restaurante un hombre gritaba contra meseros y comensales

Lleno de ira lanzaba palabras furiosas y manoteos.

Escupía sinvergüenzadas frente a los niños y los postres.

En un instante un punto en su nariz se volvió una mancha roja cubriendo la frente y los cachetes.

Las orejas se le inundaron de rabia y parecieron crecer con el tono de su voz, eran enormes

globos de sangre que palpitaban a la par de sus venas hinchadas.

Vuelto gritos decidió que iba a golpearlos, pero antes de que pudiera lanzarse como puño

contra el mesero más cercano salió expedido por los aires, elevado por el aleteo de sus orejas apenadas.

Los que gritan

AÚN SI HABLARÁ y me creyeran, el estremecimiento no desaparecería. Intenté comenzar a rezar, pero mi Padre Nuestro fue acallado por un alarido sin eco, las piernas me temblaban al oír el grito de horror en la habitación, en la cocina, y conmigo tras la cortina del baño. El perro se había escondido a chillar bajo la cama.

Un tañido de ultratumba me inmovilizaba y al mismo tiempo me sacudía cada hueso, como si mi esqueleto quisiera salir corriendo y dejar atrás al traje de carne que había escuchado el quejido espectral.

Intenté decirles a mis padres todas las cosas que pasaban: las pesadillas de los niños ahogándose en la cisterna, imágenes de hombres que peleaban hasta la muerte, muñecos humanos con agujas atravesadas en los ojos. No quisieron escuchar que las sombras se volvían siluetas y que los techos eran refugio para bolas de fuego carcajeantes, que había manos tocándome los hombros.

Ya les había dicho de las voces que pronunciaban mi nombre y de la fuerza invisible que me estrellaba la cara contra el lavabo o los empujones al cruzar el marco de la puerta.

No quisieron defenderme de los moretes que aparecían por las mañanas, ni de los espectros que se mostraban al oscurecer para disfrutar del llanto y los orines, alimentados por el susto más puro: el de la niña que dejan sola.

Ignoraron incluso la fotografía, en la que el vidrio reflejaba una figura tras de mí, desencajada y maldita, queriendo arrastrarme con sus manos de hueso.

Aparecieron juntos esa tarde, brujas, muertos y diablos, dispuestos a manosearme las tripas. Trajeron al infierno para que me hablara desde los huecos de la casa.

De veras intenté rezar, pero la voz de los muertos era más fuerte: “Córtate la lengua muda”, “Arráncate el ombligo del vientre”, “Ya no tienes dios”.

Comencé a caminar fuera del baño accionada por la sensación de mi corazón apagándose la procesión me arrojaba tierra de panteón que guardaban entre los dientes y vitoreaban a quien fuera que corría en círculos alrededor de mi casa, golpeando las paredes, intentando forzar ventanas. Las voces multiplicándose desde todos los ángulos. “Sácate los ojos”, “Quémate la cara”, “Sal a conocernos”.

Querían jalarme a la calle, donde la carreta de la Parca me esperaba, todos los perros aullaban mi muerte excepto uno, el mío, tieso de susto en la recámara. Me tapé los oídos y me quedé ahí llorando.

Me abandoné y dejé que uno a uno me chupara el alma.

Esa noche mi familia llegó más tarde de lo habitual, me encontraron desecha en una orilla de la cocina, loca de miedo e incoherente, pero no me creyeron.

Nos mudamos porque no pude volver a quedarme sola, pero yo sé que sigo en esa casa, soy el alimento de los demonios, estoy atrapada en la oscuridad con los inquilinos anteriores, tiesa como mi perro muerto, esperando a la siguiente.



Ediciones Ave Azul es un proyecto que cree en la libertad de expresión como parte fundamental de la experiencia humana y el arte, y que busca ser un espacio para la divulgación de la literatura, la ciencia y el pensamiento humano. De esta manera, se promueve el diálogo entre los artistas y la sociedad para completar el círculo de la comunicación. Los autores mantienen todos los derechos sobre su obra, y esta plataforma es sólo un medio para su divulgación.

Si te gusta nuestro trabajo, puedes encontrarnos en nuestra página web, en Amazon y otras plataformas semejantes, además de las redes sociales de nuestros autores. Algunos de nuestros proyectos pueden ser gratuitos y otros tener un costo de recuperación para compensar a los autores y que puedan generar un medio de vida digno que les permita seguir generando contenido nuevo. También puedes contactarnos para conocer mejor estas propuestas y saber de qué otra forma puedes apoyar.

Si te agrada lo que estamos haciendo, apóyanos con la difusión de la Editorial.

Muchas gracias

Fb: Ediciones Ave Azul

www.aveazul.com.mx